

UNA HISTORIA REAL

TRILOGÍA ♥ PARA SIEMPRE

Contigo

LIBRO-3

NORAH CARTER
PATRICK NORTON
MONIKA HOFF

COLABORACIÓN DE
FANNY RAMÍREZ

DOLCE
BOOKS

CONTIGO

Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

y con la colaboración De Fanny Ramírez

Título: Contigo

© 2017 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff y con la colaboración de Fanny Ramírez

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Abril, 2017.

©DOLCE BOOKS

dolcebookseditorial@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.





¿Y ahora qué? En esa sala de espera, en un rincón, fumándome un cigarro tras otro, llorando desconsolada, no quería que nadie me hablase, me molestaba todo, quería estar sola en esa esquina, la cabeza me iba a estallar.

¿Por qué a él? ¡Putá vida! Tenía al hombre de mi vida, no era aquel chico que conocí y que no valoraba mi amor por él, ya era todo un hombre, me amaba, me respetaba y sobre todo me quería con todo su corazón y ahora, ahora quizás no volvería a disfrutar de sus besos, abrazos, caricias, palabras de consuelo, ahora se debatía entre la vida y la muerte.

Justo cuando miro el reloj y veo que son las cuatro de la mañana, escucho las puertas al final del pasillo donde estaba la UCI, un médico en la entrada y en ese momento no me lo podía creer lo que estaba viendo, Jose salía con su pijama de hospital, la cara hinchada como si fuera un alienígena, ido, perdido, el médico le paró y pude escuchar mientras iba corriendo hacía ellos, como le decía el medico que no podía hacer eso, él le respondía casi sin fuerzas, que para morir se iba a su casa, al lado de su mujer, que no pensaba quedarse ahí, yo llegué hasta él llorando.

—¿Por qué te has quitado todo los cables y gotero? — le recriminé con lágrimas.

—Llévame a casa Natalia.

—No puedes hacer eso, corres riesgo — irrumpió el médico.

—Ya me enteré de todo, me voy a mi casa — volvió a decir Jose.

—No por favor, Jose, si te has levantado es que vas a salir de esta, haz caso a todo lo que te dicen te lo ruego — dije suplicándole.

—Llévame a casa — insistió.

—Si se va debe firmar el alta voluntaria y te recomiendo que lo despiertes cada media hora, su estado es muy crítico, es una locura, pero es mayor de edad y no podemos hacer nada — afirmo el médico.

—Jose por favor...

—Natalia, no me obligues a quedarme aquí, quiero estar a tu lado, contigo, en nuestra casa...

En ese momento comencé a vomitar, el médico me ayudó, estaba de los nervios, no había forma de convencer a Jose y al final firmo esa alta, con toda la cabeza media rapada y llena de puntos, aparte de estar totalmente desfigurado por la hinchazón del golpe.

Lo monté en el coche, estaba ido, miraba al frente sin hablar, yo no dejaba de llorar, llegamos hasta casa y lo acosté en la cama, me tiré al lado con mucho cuidado, puse el móvil para que pitara cada media hora, para asegurarme que no se quedaba dormido para siempre.

Por la mañana lo llevé a su médico, Jose apenas podía hacer nada, yo lo duché, lo vestí y lo monté en el coche.

El médico le riñó, le puso un tratamiento para el dolor y nos dio nueva cita para ir controlándolo, nos deseó mucha suerte, eso me horrorizo, pero yo estaba a su lado y ahí estaría para lo bueno y lo malo.

Tenía una empresa, pero no iba a ir a trabajar en algún tiempo, así que delegué todo en las demás personas y comuniqué mi ausencia por un periodo de tiempo.

Me compré una cama hinchable que puse al lado de la nuestra, yo me movía mucho por las noches y tenía miedo a darle un golpe, estaba muy sensible y dolorido, era otra persona, miraba al infinito y así se pasaba horas.

Me acostumbré a cada media hora despertarlo, ducharlo, ayudarlo a ir al baño, que duro era verlo así.

Una mañana llame a mi hermano, necesitaba que se quedara con él, me iba a urgencias ya que me había dado un cólico, lo deje con Jose y me fui sola, necesitaba un pinchazo, no estaba muy mal, pero sabía por mis antecedentes que podían ir a más.

Cuando llegué el medico al decirle los síntomas me dijo que no era un cólico, así que me hizo varias pruebas, un rato después me estaba comunicando que estaba embarazada. Salí de allí en estado de Shock, pero no pensaba decirle nada por el momento, no sabía si esa noticia le podía causar algún problema de ansiedad al verse en ese estado, así que decidí guardar el secreto por un tiempo y no contárselo a nadie...

Conducía e iba llorando a mares, no sabía cómo controlar esa situación, creía que me iba a derrumbar, creía que mi mundo iba a complicarse cada día más, no era lo que deseaba en esos momentos, pero también tenía que luchar por esa parte nuestra que empezaba a crecer en mi interior.

Llegué a casa y fingí que el pinchazo me había dejado nueva, era incapaz de mirarlo a la cara, me dolía verle así, el me acariciaba la mano y me daba las gracias por todo, yo no dejaba de llorar, todo me estaba superando.

Desperté por la mañana y me puse a desayunar con Jose, lo había duchado y ya

estaba menos ido, pero seguía igual, fui al baño y descubrí que estaba sangrando, no me lo podía creer, volví a llamar a mi hermano y me fui a urgencias, le conté todo, me miraron y me dijeron que lo había perdido, debía quedarme ingresada, al día siguiente me haría un legrado, dije que no, que no podía que mi marido estaba grave y lo debía cuidar, todo esto me había pasado del estrés según el médico, lo de la pérdida, le dije que me iba, que iría a una clínica de pago, me lo harían en un rato y me iría para casa, el médico me dijo que no podía hacer nada para convencerme, en el fondo sentí que me entendió.

Fui a la clínica y me dijeron que a la mañana siguiente me lo harían, así que fui a casa con el corazón roto e intentando disimular y seguí sin contar nada a nadie, todo me lo estaba tragando solita, pero no tenía ganas de escuchar esos consejos que dirían por mi bien, pero que no aceptaría.

Pasé el día triste, llena de dolor en mi corazón y, sobre todo, llena de rencor hacia todo lo que la vida me estaba haciendo en estos momentos.

Al día siguiente me colé en la clínica, no quiero ni contar lo mal que me sentí allí sola, aunque la enfermera a la que le conté todo intentaba calmarme por todos los medios, salí de allí vacía, pero con fuerzas para luchar por el hombre que tanto amaba.

Los siguientes días eran ir y venir al médico con Jose, así diariamente, despertándolo cada media hora y visitas a los médicos, el cada vez hablaba más, se estaba recuperando, los médicos dijeron que aún era largo el camino pero que saldría de esta.

Llegaron las navidades, hacia un mes del accidente de Jose, faltaban pocos días para ese viaje a Tailandia que habíamos cancelado, pero no me quería quedar en Cádiz, no lo podía meter en un avión, pero tampoco me quería quedar en casa, aunque sabía que su estado no era para ir a ningún sitio, pero tenía que hacer algo.

Se me ocurrió irnos a casa de unos amigos a Galicia a pasar todas las fiestas, las familias nos llamaron locos, pero a mí me importaba tres pimientos lo que me dijeran, preparé mi BMW, el sillón del copiloto hacia atrás y una almohada con una mantita para él, yo cruzaría conduciendo todo España, pero me iba, ¿estaba loca? ¡Si! Pero era mi locura, estábamos él y yo solos en esto, los demás iban y

venían, así que quería huir de esos días tan trágicos que habíamos pasado. Seis de la mañana, coche listo, Jose acomodado y lista para llegar en 12 horas a Galicia, él se quedó de nuevo rápido dormido, yo iba escuchando un cd que me había preparado con muchos temas, lloraba, sonreía, tenía un sinfín de emociones que eran imposibles de controlar.

Hice varias paradas, para repostar, desayunar, comer, merendar y al fin llegamos a Zamora, ya teníamos casi todo el camino listo, la nieve nos sorprendió así que hicimos el resto del camino en una carretera preciosa, rodeados de nieve y veía a Jose feliz, ya con su cara mejor, sin estar hinchada, el pelo casi le cubría esa aparatosa herida.

Por fin llegamos a Galicia, donde nos esperaban con los brazos abiertos....



La noche buena fue buenísima, Jose hasta bebió alguna copa de vino y cenó como un campeón, el pobre necesitaba recuperarse estaba delgado de todo lo que le había pasado, aunque él siempre estuvo delgado, esta fuerte, ahora se le notaba débil.

Además, ese 24 deberíamos de estar en Tailandia, en una cabañita en el mar, pero estar junto a él ya me hacía feliz.

Dos días después me levanté y bajé a la cocina con el móvil, desayunábamos con nuestros amigos, en ese momento me llamó la de la agencia de viajes, imaginé que era para preguntar por Jose, la chica nos tenía mucho cariño y todo lo comprábamos con ella.

—Dime guapa, Felices fiestas.

—Natalia... — dijo con un tono preocupante.

—¿Qué pasa? — pregunté asustada.

—Dale gracias a la vida por lo que le ha pasado a tu marido...

—¿Por qué dices eso? — pregunté alarmada.

—¿No has visto las noticias verdad?

—¡No! ¿Qué ha pasado?

—Sabes que ahora deberíais estar en Tailandia, en ese precioso hotel que ya no existe...

—¡No te entiendo!

—Ha habido un Tsunami, han muertos todos los que estaban en el hotel, desapareció el complejo por completo, erais los únicos españoles que iban a estar allí... no sabes lo que me alegro que el accidente de tu marido os haya salvado la vida.

No me podía creer lo que me estaba diciendo, Jose me miraba sin entender de que iba la conversación, comencé a llorar mientras ponía la tele, efectivamente, se había liado el tsunami más gordo de los últimos tiempos, daba miedo ver las imágenes, Jose pronto supo que era Tailandia, se puso las manos sobre la cara, mis amigos estaban flipando, todo era surrealista, todo era una pesadilla que no terminaba de acabar...

Después del shock, pasamos los siguientes días alucinando, no se nos podía borrar aquello de la cabeza, además eran bombardeos de noticias de esa catástrofe, todo impresionaba, no he llorado más en mi vida, imaginar que nos hubiera tocado a nosotros, me ponía muy mal cuerpo.

El fin de año salimos por Galicia después de la cena, Jose lo pidió decidimos que cuando se cansara volveríamos para la casa, pero aguantó pasamos una noche preciosa de copas, al día siguiente se quería morir de la resaca, era para matarlo, pero tenía derecho a pasar una noche como la que habíamos pasado, al menos eso pensé, este bien o no, lo apoyé.

Volvimos el 3 de enero después de pasar todas las fiestas allí, Jose iba de vuelta

super gracioso, ya iba mejorando aunque aún le faltaba mucho por estar medianamente bien, pero ya se duchaba solo, conmigo al lado de seguridad pero lo hacía solo, venía todo el camino charlando, diciendo que para Marzo ya quería volver a trabajar, yo le decía que ojalá pero que debía tener paciencia, que se olvidara de eso, él siempre había sido muy trabajador e inquieto, siempre estaba arreglando alguna cosa u otra.

Los dos siguientes meses estaba ya medio en condiciones, empezó a aparecer por su empresa poco a poco, a ratitos hasta que le dieron el alta y se incorporó de nuevo, ahí fue cuando le conté lo que me había pasado del embarazo, miraba los papeles y no se lo podía creer, lloró como un niño chico y pedía perdón... ni que tuviera el pobre la culpa.



Verano por fin, nos íbamos al Caribe, estaba claro que teníamos que celebrar que Jose estaba genial...

Volvía a estar nerviosa cuando el avión aterrizó. No sabía lo que me esperaba en aquel destino. En muy poco tiempo, me había convertido en un personaje de Julio Verne.

Jose estaba deseando ver las playas de México. Todo el mundo que conocíamos había hablado maravillas de la Riviera Maya.

Ahora que habíamos logrado hacer ese viaje todas nuestras ilusiones y deseos estaban puestas en que aquellas vacaciones salieran geniales. Yo era feliz al lado de aquel hombre y aquel hombre también era muy feliz a mi lado, como me había dicho muchas veces.

Todos los malos recuerdos y todas las desgracias que habíamos sufrido no significaban nada cuando estábamos juntos. Aquellos viajes que hacíamos eran una forma de escaparnos de esa realidad. Yo no quería pensar en cosas malas y Jose, tampoco. Nos habíamos ganado el derecho a ser felices. Él me lo había dicho en muchas ocasiones y yo le daba la razón. Lo que más me gustaba de Jose

es que, cuando lo consideraba necesario, utilizaba las palabras justas para decirme lo que sentía y para hacer todo lo posible para que yo me sintiera bien. Antes de aterrizar, Jose y yo estuvimos hablando.

—¿Tenías ganas de hacer este viaje? — preguntó él con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Claro que tenía ganas.

—¿Te has dado cuenta de una cosa, Natalia? —preguntó con intriga.

—No, ¿de qué? ¿No será otra de tus bromas?

—No, Natalia. Solo que me hace gracia. Antes no querías salir de España. Te daba un miedo enorme salir fuera de España, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, Jose. Pero también me di cuenta de que la vida son cuatro días y que hay que aprovecharla. Últimamente solo tengo ganas de disfrutar y de pasármelo bien. No sé lo que ha pasado en mi vida exactamente para que piense así. No solo fue tu accidente, Jose. Tengo la sensación de haber vivido demasiadas cosas, como si hubiésemos corrido demasiado deprisa — dije yo con serenidad, como si fuese una persona madura.

—Quizás tienes razón. Quizás necesitamos pararnos a disfrutar. Yo creo que estas vacaciones nos van a venir muy bien — dijo él confiado.

Aterrizamos y nos vinieron a recoger enseguida. Se notaba que todo aquello estaba diseñado para el turismo. Al bajar del avión, me costaba respirar. Noté enseguida el calor y la humedad de aquel sitio.

Jose iba callado. Yo creo que estaba tan nervioso como yo. Habíamos leído maravillas de Playa del Carmen donde estaríamos esos nueve días. A lo largo de estos años, me había dado cuenta de que teníamos una especial conexión con el mar y con la playa.

Aquellos eran nuestros mundos. El amor de nuestra adolescencia estaba marcado por las olas, por la bajada y por la subida de las mareas, por las noches en las

dunas, esperando al amanecer. Recuerdo que, después de bailar, solíamos perdernos en la arena y eso era precisamente lo que los dos queríamos de estas vacaciones, volver a perdernos en la arena, en la playa, frente al mar. Nos encantaba ver el amanecer y estar los dos juntos para comprobar que era cierto, porque el mar se incendiaba y el cielo se reflejaba sobre las aguas. Aquella experiencia maravillosa era la que deseábamos.

Nos alojamos rápidamente en el hotel. Era un sitio fantástico. Había spa, piscinas de todas las clases, bares, restaurantes. Yo estaba alucinando y Jose, también. No nos daba tiempo a mirarlo todo. Cuando llegamos a la habitación, era media tarde. Yo estaba agotada por el viaje, que había sido una paliza.

Jose también estaba cansado. Nos tiramos a la cama y respiramos hondo. Estábamos en silencio y aquel silencio nos gustaba porque se podía escuchar las olas del mar. Esa era nuestra música, además de Eros Ramazzotti.

La temperatura era agradable. Pero yo no estaba dispuesta a quedarme en la cama, pese a lo cansada que estaba. Quería recorrer aquel mundo que tenía delante de mí. Habíamos hecho ese viaje con la intención de pasarlo genial. Jose cerró los ojos. Estaba a punto de dormirse. Pero yo le di un codazo que enseguida se despertó. Le di un susto que casi se muere.

—Vamos a la playa —dije yo decidida.

—Joder, Natalia. No me dejas descansar nada — se quejó él.

—No estamos aquí para descansar, ¿me oyes?

—Sí, Natalia, solo te pido media hora. Estoy reventado.

—En la playa te relajas, aguafiestas. No sé cómo puedes estar aquí durmiéndote, teniendo delante esa maravilla.

Me acerqué al balcón y comprobé que el mar, el inmenso mar estaba allí. Jose me siguió y al ver lo que también estaban viendo mis ojos se emocionó. Se acercó por detrás y me cogió de la cintura y posó su barbilla sobre mi hombro éramos un

solo rostro mirando hacia las olas. La brisa acaricia va nuestra piel. Yo me estremecía.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? — pregunté con los ojos vidriosos.

—Claro que lo estoy viendo. Estamos en el paraíso de nuevo — contestó él espontáneamente.

—Tienes razón. No quiero perderme el atardecer en este sitio — dije yo con decisión.

Abrí la maleta y me puse un bikini con un estampado de corazones que me quedaba genial. Cuando Jose me vio con él puesto, no se lo pensó. Se lanzó a por mí y me cogió en sus brazos, y me tiró a la cama. Yo no sé de dónde demonios había sacado las fuerzas de repente.

—El atardecer puede esperar un momento — sentenció él.

—Es verdad. Puede esperar.

Me puse a besarlo por todo su cuerpo. Se había quitado la camiseta rápidamente. Yo estaba sentada sobre su cintura y enseguida noté que su miembro pedía guerra.

—Ya tienes el cohete a punto del despegue — dije yo sin dejar de reír.

—Claro, si es que te pones unos bikinis que yo me pongo malo enseguida. No me puedo contener, Natalia.

—Tú no te contengas. Tú hazme lo que te apetezca. Estamos de vacaciones, cariño. De vacaciones — repetí yo con morbosidad, intentando decirle que este no iba a ser el único polvo que íbamos a echar esa semana.

—Me tienes loco, — dijo él sonriendo y con ansiedad.

—Déjate de tonterías y date prisa que el atardecer se nos escapa — repuse yo

conteniendo la excitación.

Porque Jose me estaba poniendo a cien. Mi tanga estaba ya mojado y quería que aquel polvo fuese la inauguración de nuestra habitación, una forma de celebrar de forma fantástica nuestras vacaciones. Y así sucedió que él se aceleró, que tiró al suelo la parte de arriba de mi precioso bikini. Se puso a comerme los pechos como si estuviese loco.

Me encantaba cómo lo estaba haciendo, porque me gustaba ese Jose que se mostraba repentinamente feroz, como poseído por el mismísimo diablo. Yo no hice nada. Solo movía mi cintura. Bailaba sobre él hasta que no pudo aguantarlo más y su miembro entró en mí y yo sentí que esa fuerza que a él tanto lo excitaba entraba también en mí. Para poseerme, para hacerme suya.

Aunque no os lo creáis, me puse a llorar mientras sucedía todo eso, porque era feliz, porque hacer el amor en aquel entorno me hacía el ser más feliz del mundo. Jose no se dio cuenta. Yo comencé a gemir y eché mi cabeza hacia atrás para que él tirara de mi pelo con cada embestida de su miembro dentro de mi cuerpo.

Me gustaban los polvos rápidos. Bueno, me gustaban toda clase de polvos, pero eso, en los que Jose parecía no tener el control de las cosas, me excitaba especialmente. Dios, cómo me ponía todo aquello.

Yo también perdí el control. Yo también caí en aquella tentación continua que era mi Jose. Caí sobre su pecho cuando tuve el orgasmo. Mi respiración entrecortada acompañaba la suya. No sé qué me pasaba, pero cada polvo parecía mejor que el anterior. A Jose no se lo iba a decir porque tampoco quería que se lo creyera mucho.

Porque mi chico, y supongo que muchos hombres, se ponen muy chulos cuando les dices una cosa así. Noté que él tardaba en recuperarse, eso significaba que yo había estado a la altura de las circunstancias. Nos metimos en la ducha para quitamos el sudor de encima. Queríamos ver el atardecer. No era la primera vez que, después de tener sexo en la cama, nos metíamos en la ducha y allí comenzábamos de nuevo a armarla.

Me puse un pareo y José se puso una camisa blanca, en plan ibicenco, y unas bermudas. Salimos a la terraza del hotel donde se podía divisar la piscina y los

bares que la rodeaban. A lo lejos, estaba el mar. Y el sol se hundía en las aguas. El fuego se hundía en aquel fondo azul oscuro. La sensación era muy agradable.

—¡Qué bonito!

—Lo es tío, estoy flipando en colores, es más, estoy por quedarme aquí a vivir para siempre.

—Pues nada, te quedas aquí y yo vengo una vez al año a verte.

—¡Estúpido!

—Si encuentras trabajo para los dos, acepto vivir aquí — pellizcó mi mejilla si dejar de sonreír, para comérselo vamos.

No nos lo pensamos dos veces así que nos fuimos directos a la playa. Corrimos como dos quinceañeros hasta el agua, como si volviésemos a esos tiempos de adolescentes donde el que llegaba el último tenía que invitar a cervezas. Nos refrescamos. Aquellas aguas me hicieron sentir muy bien. Me hundí en el fondo. Jose se puso a buscarme porque no me encontraba. De repente, salí por detrás de él y le pegué un susto. Él se puso a reír como un loco.

Estábamos emocionados. Aquella playa era un sueño hecho realidad. El sol ya desaparecía al fondo. Las arenas se volvían oscuras y, sin embargo, todo parecía demasiado hermoso, demasiado bonito para ser verdad.

Escuchábamos desde el agua unos ritmos de baile. Ya habían puesto música en la discoteca del hotel. Desde donde estábamos, podíamos ver algunos turistas que comenzaban a bailar en la terraza. Me gustaba ver que la gente se lo pasaba bien. A veces no nos damos cuenta, pero necesitamos saber que otros como nosotros también están disfrutando. Ya habíamos pasado demasiados momentos de tristeza, ahora yo era feliz con Jose y él también era feliz viendo a los demás cómo reían y se lo pasaban genial.

Me abracé a mi marido. Flotábamos en la superficie. Ni una sola ola. Solo el horizonte y nosotros, allí perdidos, como si fuésemos de nuevo esos dos náufragos que necesitan la soledad para amarse, para conocerse mucho mejor. Yo

miraba a Jose y él me correspondía con otra mirada, llena de alegría y también de picardía. No sé en lo que estaba pensando.

Pronto lo iba a saber. Cuando me di cuenta, no tenía la parte de arriba del bikini. Se le daba muy bien hacer ese tipo de cosas. Sin que yo hubiese notado sus manos ni sus dedos, el muy cabrón me había quitado el nudo. Yo me sonrojé. Parece mentira que hiciera eso en aquel momento. Me estaba dando una vergüenza tremenda. Tenía miedo de que alguien me viera y me pudiera echar una foto. Jose se puso a reír y sacó del agua la parte del sujetador. Se puso a ondearla como si fuese una bandera y de repente la lanzó lejos. Yo no sé qué locura le había entrado de repente, pero la había hecho buena.

Ahora, ¿qué demonios íbamos a hacer para poder recuperarla? Yo no sabía si reírme o enfadarme como siempre acostumbraba.

—¿Estás loco? ¿Cómo haces eso? Me van a ver los pechos, Jose.

—Se está haciendo de noche. Nadie va a ver nada — dijo él sin dejar de reírse.

—Pero, ¿cómo voy a entrar así al hotel? Me va a ver todo el mundo, idiota, que eres un idiota.

—Tienes el pareo. Eso te tapa — y el muy gilipollas siguió riéndose.

—No me jodas. Con el pareo se transparenta todo. ¿Aún no te has dado cuenta, Jose? Parece que eres muy corto, la verdad — dije yo entre enfadada y confusa, confusa porque no sabía si podría recuperar la prenda y porque todo el mundo se iba a fijar en mí si salía sin la parte de arriba.

—Joder, Natalia. Solo quería gastarte una broma.

—¿Una broma? Pues la has liado bien. Ya puedes ir a buscar el bikini que vale además un ojo de la cara. Me lo compré en una boutique — dije yo muy fina.

—Pronuncias muy bien el francés, Natalia. ¿Dónde lo has aprendido? — dijo

él riéndose en mi cara.

—Lo aprendí en la vendimia, no te jode. Corre a por el bikini, que ya no lo veo. Qué tonto te pones cuando quieres, Jose.

—Mañana te dejo que te compres dos — guiñó su ojo.

—Mañana me voy a comprar los que me salgan de mi tarjeta, que para eso curro.

—Curras por qué quieres...

—Por supuesto, no me gusta que me mantengan — saqué mi lengua...

—Hombre para mantenerte a ti, se necesitan 5 sueldos — soltó una carcajada.

—¿Me estas llamando gastosa?

—Nooooo, solo un poco mucho caprichosa.

—Tonto eres hijo — dije enfadada, aunque tenía toda la razón del mundo, era muy caprichosa.

La verdad es que la había liado bien. No se veía el sujetador por ninguna parte. Yo estaba dentro del agua más que abochornada. Me iba a dar un ataque. El pareo no iba a taparme nada. Tendría que correr por detrás de las hamacas e intentar buscar alguna puerta que me llevara a mi habitación sin que nadie me viera. Pero yo no tenía ni idea de la distribución de aquel hotel. Acabamos de llegar. Jose se sumergió en el agua y comenzó a bucear. Estaba ya casi oscuro. Las estrellas comenzaban a brillar en el cielo. Aquel escenario era precioso, pero yo tenía la cabeza en otro sitio. Mi marido tenía que recuperar el bikini como fuera.

De repente, deje de ver a Jose. No sabía dónde se había metido. Comencé a ponerme muy nerviosa. Yo sabía que Jose podía estar varios minutos debajo del agua. Pero aquello no me gustaba nada.

No veía burbujas por ninguna parte y el mar estaba completamente quieto. La

gente había comenzado a bailar en la terraza. Como saliéramos en aquel momento, todo el mundo iba a mirarnos. Se encendieron unas farolas que iluminaban la zona donde estábamos bañándonos. Jose seguía sin aparecer. Yo empecé a gritar como una loca. ¿Dónde se habría metido aquel gilipolla? No merecía otro calificativo. Al momento, vi que su figura salía del agua con el bañador en la boca y se puso a nadar como un loco.

Me lanzó el bikini y yo lo cogí al instante. Pero escuché enseguida de su boca y saliera corriendo del agua. Porque había visto a un tiburón mientras buceaba para encontrar la prenda. Al oír aquella palabra, me puse a temblar y, como si llevara un petardo en el culo, salí disparada.

Salí a tal velocidad que adelanté incluso a Jose y me quedé en la arena recuperando el aliento. Estaba nerviosa y miré hacia la orilla.

Comprobé que Jose que salía caminando tan tranquilo. El muy gilipollas no había tenido bastante con el bikini que también me había gastado la broma de que había un tiburón en la playa.

—Me voy a cagar en todo, Jose. Ahora sí que te has pasado — dije yo más que enfadada.

—No te he gastado ninguna broma. Es verdad. Vi una sombra en el agua y pensé que era un tiburón, de esos, de arrecife — siguió él con la broma.

—Allí no había nada, Jose. Y me has asustado mucho. ¡¡¡Casi me da un infarto, idiota!!! — grité y me puse el bikini.

—Si no me ha dado el infarto a mi aguantándote, no te dará a ti ninguno.

—Desde luego, que tú lo de romántico lo dejaste en los huevos de tu padre.

—Que mal hablada eres...

—Perdón ¡Señor licenciado!

—Licenciado en aguantarte... — sonrió.

—Paso de ti — puse cara de pocos amigos, mi semblante ya era otro.

—¿Pasas de mi para siempre?

—Para todo lo que queda de mi preciosa vida...

—Preciosa eres tú...

—Ahora no vengas a pelotearme, no me toques las narices...

—Ven dame un beso — me jaló del brazo y yo me desprendí de un manotazos.

—Desde luego que cuando te pones tonta eres el número uno.

Noté que había gente de aquella terraza que miraba hacia donde nosotros estábamos. Aunque estábamos un poco lejos, me dio un corte bestial. Pensaba que me habían visto los pechos. Yo no sabía qué hacer. Estaba a punto de mandar a la mierda a Jose y no hablarle en todo lo que nos quedaba de vacaciones. Intenté respirar y contar hasta diez, pero no hubo forma. Me quedé allí plantada para cantarle las cuarenta.

—No voy a hablarte, Jose. Lo que has hecho no te lo perdono. Hay un puñado de gente que nos está mirando — dije yo dolida con la actitud de mi marido.

—No digas tonterías. No nos mira nadie. A ver si te crees que eres la Pantoja — dijo él muy cabrón.

—Ahora sí que me has enfadado de verdad. Vete a la mierda — mi voz sonó fuerte y contundente.

—¡Natalia, no seas tonta! Son bromas. Perdóname si me he pasado.
¡Perdóname! —suplicó él yendo tras de mí.

—¡Que te follen!

Escuché la carcajada que le salió.

—Pues mira, no me vendría mal.

Yo estaba muy cabreada. No me esperaba que Jose hubiera hecho una cosa así. No sé lo que se le había pasado por la cabeza. Yo me lo tomé muy mal y cogí mis chanclas, y me fui directamente a la habitación. No me apetecía cenar con él ni hacer nada, por lo menos esa noche. Estaba también agotada. Aquellas bromas estúpidas me habían cerrado el estómago. Además, tenía un nudo en la garganta y estaba a punto de echarme a llorar.

El muy idiota había conseguido que esas vacaciones empezaran fatal. Vi que él me seguía y que su rostro reflejaba preocupación. Pero a mí aquello me daba igual porque, como le había dicho, se había pasado tres pueblos con lo del tiburón. Y sabía que ese tipo de cosas me daban un miedo terrible. Cuando vi la película de Spielberg, no me bañé aquel verano. Era todavía una niña cuando vi aquella película. Pero, al igual que mucha gente, tenía pesadillas con el hecho de que, en el agua, apareciera una criatura de ese tamaño, capaz de comernos por los pies como si fuésemos un pinchito de tortilla.

Llegamos a la habitación y me metí en la ducha.

—Me he pasado, Natalia. Me he pasado. — dijo él con voz temblorosa.

De repente, a mí me dio por reírme, porque me di cuenta de que el tío iba muy en serio. Este estaba trastornado. Yo creo que el vuelo le había afectado en la cabeza. La presión dentro del avión lo había agilipollado, pensé.

—Anda, deja de hacer el tonto y vístete. Llévame a cenar. Que tengo un hambre que me muero, por Dios — dije con mi acostumbrada espontaneidad.

—¿Tú estás loca? ¿Lo sabes? — replicó él entre cabreado y mosqueado.

—No, si quieres dejo que sigas haciendo el tonto, que pareces un príncipe de cuento. Estás ridículo, Jose. Qué poco te pega eso.

—No tienes remedio — soltó una preciosa sonrisa y me abrazó.

Bajamos al restaurante. Todo estaba lleno de luces y colores. Los camareros nos

dieron la bienvenida. Yo estaba alucinando porque todo era fiesta a mi alrededor. Había muchísima gente guapa y vestían de forma elegante. Pude ver que también había muchas parejas como nosotros.

Eran parejas de recién casados. Yo prefería por el momento estar a solas con Jose. Nos quedaban muchos días y no quería por el momento relacionarme con gente, no fuera a ser que me llevara una decepción. No quería que nos cayera encima alguna pareja de pesados que no nos dejaran ni a sol ni a sombra. Nos colocaron en una mesa que estaba cerca de la pista de baile. Aquella música me estaba encantando. Mezclaban baladas románticas con toda clase de ritmo del Caribe.

Mi corazón se aceleraba. Estaba excitada. Después de cenar, José y yo íbamos a bailar. Tomaríamos, además, algunos de aquellos exquisitos cócteles que estaban sirviendo en la barra. Mi marido también estaba muy contento de estar allí conmigo.

—Esto es fantástico — susurré yo emocionada.

—Te lo mereces, Natalia. Eres una mujer maravillosa y te mereces esto y más — dijo él con cara de bobo.

—A ver si vas cambiando de frase que siempre dices lo mismo, joder. Pareces un disco rayado.

—Desde luego, me intento poner romántico y es que es imposible contigo — soltó una carcajada.

—Ya te he dicho que odio el romanticismo. A mí dame playa y un Bloody Mary detrás de otro —añadí yo burlándome de esa ternura que él quería ponerle al momento.

—Ok, capto la idea.

Sin que nosotros lo pidiéramos, los camareros empezaron a servirnos unos platos exquisitos. Se trataba de un menú de degustación donde el marisco, las verduras a la plancha y las carnes jugosas formaban parte de todos los platos. Yo me pegué

un atracón. Me daba igual si luego me dolía la tripa. Quería disfrutar de cada uno de aquellos majares. Jose me miraba boquiabierto. Nunca me había visto comer así. Se reía cuando mis ojos hacían chiribitas ante cada uno de los platos que llegaban a la mesa.

Yo tampoco podía contener la risa, pero me daba igual. Lo que quería era comer. El vuelo y el baño en la playa me habían abierto el apetito. Jose empezó a preocuparse al verme a comer así. Me preguntó varias veces si estaba embarazada y yo le dije que no. Como no paraba de insistir, al final tuve que mandarlo a paseo.

Cuando mejor estábamos allí, apareció cerca de nosotros una chica que parecía noruega o sueca. Tenía un cuerpo espectacular y llevaba el pelo largo. Pude ver que miraba a Jose con intención de que Jose la mirara a ella.

Aquello no me gustó nada. Me cortó el rollo. Yo la miré entonces desafiándola y ella bajó los ojos y se marchó. Jose no se había dado cuenta de aquello, pero yo me quedé un poco mosqueada. Preferí no darle importancia y seguimos nuestra velada como si nada hubiese pasado.

Cuando terminamos de cenar, salimos a la pista. Yo no podía moverme. Estaba a punto de reventar, pero aun así me puse a bailar como solía hacer cada vez que sonaba la música en aquel karaoke donde trabajaba, cuando tan solo era un adolescente. De repente, el cansancio había desaparecido. Después de estar un buen rato bailando junto a Jose, nos acercamos a la barra y pedimos algunos de aquellos cócteles que habíamos visto antes. Estaban riquísimos. Mezclaban el azúcar y el alcohol de una forma extraordinaria.

Yo no sé si era el calor o que estábamos muy cómodos allí, pero empezamos a beber sin parar. Hubo un momento en que la cabeza me dio vueltas y además nos dio por reírnos a los dos de todo lo que había pasado en el agua. Jose me cogió de la mano y me llevó de nuevo a la playa. Nos encantaba hacerlo. Nos gustaba mucho pasear por la noche cerca de la orilla. Yo no sabía ni siquiera dónde estaba el mar por la borrachera que llevaba ya encima.

Pero me daba igual. Notaba que estaba feliz y llena de vida. Jose no paraba de besarme en los labios cada vez que podía. Llegamos a la orilla del mar y allí nos sentamos. De nuevo volvíamos a hacer esos quinceañeros que se besaban en la

playa. Las estrellas de la noche temblaban en el cielo y yo, aunque mareada, podía darme cuenta de lo bonito que era todo a mi alrededor.

Los primeros días pasaron así en aquel complejo hotelero. Habíamos ido allí para relajarnos. Yo me pasaba el día dentro del agua de la piscina y con un cóctel en la mano. Jose me hacía compañía. De vez en cuando nos íbamos a la playa, pero lo que teníamos claro es que los días que íbamos a pasar allí sólo íbamos a pensar en los placeres más sencillos: comer, beber, dormir, bailar y follar. Perdón, quería decir hacer el amor. Que a veces se me escapan sin querer algunas palabras que no debía poner aquí, pero ya que me he tirado a la piscina, pues para que voy a cortarme...

Fue un miércoles cuando volvió a pasar aquella rubia por la piscina. Yo había ido un momento al aseo y, cuando salí, vi que Jose estaba hablando con aquella chica dentro del agua. La tía llevaba un bikini de leopardo que enseñaba más que escondía.

Yo no quería montar un número allí mismo. Jose sabía de sobra que a mí ese tipo de cosas no me gustaban. Como llevaba ya más de una copa encima, me dije que yo haría lo mismo. Me acerqué a la barra del bar que estaba dentro de la piscina y me quedé allí sentada. Jose parecía haberse olvidado de mí.

La chica seguía hablando con él y se mostraba muy simpática. La tía no paraba de reír y de vez en cuando sus dedos rozaban el hombro de mi José, como si quisiera jugar con él en cualquier momento. Mi cabeza era una olla a presión. Yo me estaba poniendo enferma. De repente, se sentó a mi lado un chico bastante guapo. Dio la casualidad que se trataba de un español, porque pidió dos cervezas con un acento andaluz que era inconfundible.

Yo le lancé una mirada felina, como si quisiera devorarlo allí mismo.

—Hola, guapa —me dijo.

—Hola — dije yo muy sonriente, ni que fuera el anuncio de Profident, pero si Jose no venía, la llevaba clara.

Los Bloody Mary que me estaba tomando entraban como si fuesen agua mineral,

así que perdí el sentido de la vergüenza y del ridículo.

—¿Eres de aquí? — preguntó de forma estúpida.

—Sí, no te jode, soy una mujer selvática. ¿Cómo voy a vivir aquí? Soy de Cádiz — reí mientras le soltaba aquello.

—Yo soy de Málaga. Estamos muy cerca.

—Fíjate tú, hemos tenido que venir a la Rivera Maya a conocernos, lo que es la vida — añadí yo haciéndome la simpática.

—Yo me llamo Rubén y he venido con unos amigos. Es mi despedida de soltero, ¿sabes?

—Joder, ¿y te vienes a México? Tu novia, ¿dónde se ha ido? ¿A China? — bromeaba mientras le guiñaba un ojo.

El tipo me había caído bien. Yo estaba haciendo todo lo posible para que aquella conversación durara. Se notaba que estaba a gusto conmigo. Me fijé en Jose, que se había dado cuenta de que yo estaba ligando con aquel chico. La diosa rubia había desaparecido de la piscina y pude ver que mi chico estaba muy, muy mosqueado. Me daba igual. Pensaba seguir con mi juego. Porque no había derecho a que él me hiciera aquello. Ya sabía lo que me dolía todo ese tipo de cosas. Me podéis llamar celosa, pero yo había sufrido mucho por recuperar a mi marido. Y no me gustaban aquella clase de juegucitos que se traía entre manos.

—Bueno, Rubén, me ha encantado hablar contigo. Me voy que mi marido me espera —dije yo con toda la cara del mundo.

El tío aquel se quedó a cuadros cuando se enteró de que yo tenía marido. Yo creo que él pensaba mojar esa noche conmigo y ahora acababa de dar un corte que se había quedado de piedra. Jose estaba serio. Me acerqué a él y miró hacia otro lado. Quería evitarme. Pero yo le dije lo siguiente.

—¿No te ha gustado, verdad? — le pregunté con maldad.

—No, no me ha gustado — respondió serio.

—¿Qué hacías tú con la rubia, Jose?

—Natalia, solo quería hablar conmigo un rato. Es una alemana que está estudiando español y quería mejorarlo —dijo él con todo el morro.

—¿Tú eres tonto o te lo haces? Yo creo que era una alemana que quería estudiar a un español, no aprender español, ¿me oyes? — mi voz no sonó a broma.

—Joder, eres muy celosa.

—Jose, no me jodas. Que aún me voy con el Rubén, ¿me oyes?

—Está bien, Natalia. Ha sido culpa mía. Siento haberte ofendido, cariño.

—A mí no te me pongas tan formal. La has cagado y ya está.

—¡Qué celosa eres!

—Me cago en tu vida, Jose, ¿Yo celosa? A que me voy con el Rubén toda la noche de cachondeo y vemos quien es el celoso.

—Vete, pero cuando vuelvas no me busques — dijo en tono serio.

—¿Celoso? — pregunte dirigiéndome de nuevo a la barra acuática.

—No, dolido simplemente con tu aptitud.

—Pues te tomas un ibuprofeno.

—Aire me voy a ir a tomar.

—Todo el que quieras — dije bordemente.

Aquella tarde volvimos a tener sexo del bueno en la habitación del hotel. Cada vez que discutíamos, la reconciliación era bestial. Yo he llegado a pensar muchas veces que él lo hacía a propósito para que yo me pusiera a cien cuando me tocara.

El paraíso no acababa en la playa. Después de pasar unos días en aquel complejo, Jose alquiló un coche y nos fuimos a Tulum. Ahora sí que empezaba el paraíso de verdad. Nunca pude imaginar que existía en lugares así en la tierra. Visitamos la ciudad maya. Cuando yo me coloqué delante de aquellas ruinas, sentí algo extraño. Sentí que yo formaba parte de aquella historia que guardaban aquellos muros. Jose tuvo la misma sensación. Rodeados por la selva, estábamos en el centro de una ciudad que había servido de culto para muchos dioses. El hecho de saber eso me erizaba la piel.

Lo más alucinante es que, cerca de las ruinas, te encontrabas de nuevo el mar, ese horizonte azul que tanto nos emocionaba a Jose y a mí. Nos dimos un baño mientras contemplábamos la ciudad maya. Estábamos rodeados de vegetación, pero también de un gran misterio, el misterio que se escondía detrás de aquellas murallas donde seguramente mujeres y hombres fueron sacrificados para alabar a un dios.

Lo mismo nos sucedió cuando visitamos las ruinas de Coba. Estaban a una hora de las ruinas de Tulum. Las pirámides y edificios estaban en el interior de la selva. Pensábamos que, en cualquier momento, iba a salir por allí Indiana Jones. Jose no paraba de subir y bajar los templos, y de explorar todo aquello, yo me esperaba abajo haciéndole fotos, un mojón iba a subir yo con esa calor y humedad. Olía la aventura enseguida. A mí me estaba poniendo muy nerviosa. Le dije que se estuviera quieto y que me echara fotos, joder, que al final no me iba a llevar ningún recuerdo de todo aquello.

A los dos días, nos llevaron a la Isla Mujeres donde hicimos submarinismo. De nuevo, descubrí que existe otro mundo más allá de mis ojos. La belleza que había en la profundidad de aquellas aguas cristalinas no se puede describir con palabras. Hay que ir allí para descubrirlo. Poco a poco, me estoy dando cuenta de que este libro también es una invitación para que disfrutéis de esos paisajes que a mí me han cambiado la vida.

Cuando estábamos a punto de acabar nuestro viaje, visitamos Cozumel. Llegamos en ferry desde Playa del Carmen. La isla era preciosa, pues es un acuario natural de flora y fauna marina. Yo no imaginaba que existiese un lugar como ese delante de mis ojos. Me sentía alguien inferior, pues toda aquella belleza me hacía sentir pequeña, como algo insignificante. Jose tenía la misma sensación al ver que yo me emocionaba con aquella naturaleza.

Ahora que escribo sobre todo esto, me doy cuenta de que aquel viaje no fue más que otra forma de saber que siempre estaríamos juntos, que ese tipo de experiencias son únicas si se comparten. Aunque, pensándolo bien, el mayor viaje que habíamos hecho hasta ahora había sido nuestra vida, uno al lado del otro.



Terminé de salir del coche que habíamos alquilado y me quedé mirando la preciosa imagen del Malecón.

Volvía a estar en Cuba, pero esta vez, vestida de novia.

Habíamos llegado a la isla la noche anterior. Jose, yo, algunos amigos más íntimos y familiares. Habíamos decidido pasar nuestras vacaciones en este país que tanto nos había enamorado, y yo, como era una loca de primera y si algo se me venía a la cabeza, tenía que hacerlo, pues ahí estaba, con un largo y espectacular vestido blanco para casarme por segunda vez con el hombre de mi vida.

Como una puta cabra, vamos. Pero es que me gustaba demasiado la parafernalia.

Por eso, imagino que Jose no puso ninguna pega cuando, hablando de qué haríamos en las vacaciones, le dije: Casarnos en Cuba.

Aún recuerdo su cara neutral mientras me miraba. Yo ya tenía pensados decenas de argumentos para cualquier pretexto que quisiera poner, pero, como siempre, me descolocó. Me miró, se encogió de hombros y dijo: Vale.

¿Y ya está?, pensé.

Pues sí, ya estaba. Familia, amigos, maletas y todos para Cuba a acompañarnos en nuestra segunda boda.

Bajé la mirada hacia mis pies, contemplando el vestido de nuevo. Estaba enamorada de él desde el primer momento en que lo vi. Jose me había demostrado que los flechazos existían, pero nada en comparación con ese perfecto vestido que me hacía suspirar y...

—Natalia, estás preciosa. El vestido es perfecto. ¿Pero quieres hacer el favor de moverte?

Me giré cuando la voz de Jose me sacó de mi ensueño. Me moví un poco y dejé que saliera del coche. Ni protocolos ni mierdas, yo había salido rápidamente y al pobre lo había dejado allí. Para matarme...

—Así no se le habla a una novia el día de su boda —gruñí.

—No si la novia se comportara como una novia normal.

Me callé ante su respuesta, no tenía cómo replicar a eso.

Salió del coche y se puso frente a mí.

—¿Preparada?

—No —negué con la cabeza—. Mierda, Jose, estoy más nerviosa que la primera vez.

—Normal, vas a volver a darme el Sí, quiero. No hay que estar muy bien de la cabeza para eso.

—No, desde luego —resoplé bromeando—. Con todo lo que te soporto, tengo el cielo ganado.

Su carcajada me hizo sonreír, sabía bien cómo relajarme. Y que no debía de llevarme la contraria cuando estaba nerviosa. Y, en ese momento, lo estaba.

Me agarré a su brazo y nos acercamos hacia donde todos nos esperaban. Fue una ceremonia corta, una simple aceptación de los votos, pero muy especial. Sentía cómo todos estaban disfrutando y eso me hacía sentirme bien.

Tras el beso como marido y mujer y el abrazo a nuestros acompañantes, volvimos a montarnos en el precioso y antiguo coche y dimos un paseo por la ciudad. Cuando llegamos a la cervecería de la plaza vieja, ya estaban todos allí, comiendo y bebiendo.

Ignorándonos...

A más de uno le tuve que dar una colleja para que nos saludaran, sería posible...

El día fue de lo más bonito, luego de callejear y beber por toda La Habana, nos fuimos a una discoteca, era de lo más bonita, al aire libre, terminamos allí la

velada, bailando y emborrachándonos como si no hubiera un mañana.

El alcohol se nos fue de las manos. Estábamos agotados por el viaje del día anterior, apenas habíamos tenido tiempo para descansar, pero ¿qué importaba? Era un día para desfasar: beber, comer, cantar, bailar...

Y llegar como una cuba al hotel.

—Jose, me meo... —resoplé de nuevo.

—Espera, que creo que nos han cambiado la cerradura.

—No puedo esperar, me lo haré encima.

—Joder, Natalia. Espera un segundo.

—Mierda, que no puedo. ¡Jose! —dije demasiado fuerte mientras él intentaba meter la llave en la cerradura de la habitación y yo creía que no me daría tiempo a llegar al baño.

Miré a mi alrededor, buscando una maceta o algo donde...

Ya me acercaba a ella, subiendo el traje, cuando Jose me cogió por la cintura, en peso, y me metió dentro de la habitación, dejándome directamente al lado del váter.

Me quedé mirándolo y él, tan tranquilo, se cruzó de brazos.

—Jose... —dije haciendo el baile típico cuando tu vejiga está a reventar y ya

no vas a soportar la presión mucho más.

—¿No que tenías tantas ganas?

—Y las tengo. ¿Puedes...? — le señalé la puerta.

Él giró la cabeza, miró hacia donde le señalaba, volvió a mirarme y levantó las cejas. Se movió y, justo cuando pensé que me había entendido, cerró la puerta del servicio y él se quedó dentro, volviendo a su sitio, frente a mí.

Porque no tenía nada a mano que, si no, iba directo a su cabeza.

—¿Pero qué haces?

—No sé, te cerré la puerta, ¿no querías eso? —arrastraba las palabras, así de bebido iba.

—Sí, quería eso, pero contigo fuera.

—Natalia, por Dios, que estamos casados. Me conozco tu cuerpo mejor que tú misma.

—Jose, te juro que me lo haré encima. ¡Déjame hacerlo en paz!

—No entiendo tu complejo. Es muy fácil, mira.

Y, ni corto ni perezoso, me empujó un poco, desplazándose. Levantó la tapadera del váter, se desabrochó la cremallera y...

—No me lo puedo creer —gemí.

Vale, no era la primera vez que lo veía hacer sus necesidades fisiológicas delante de mí, pero ¿tenía que ser en ese momento cuando yo estaba a punto de reventar y lo que menos necesitaba era escuchar cómo sonaba un líquido?

—¡Pero serás idiota!

Le di en el hombro y lo moví, haciendo que manchara todo el váter, pero me daba igual. Ya me había puesto de mala leche, Jose era experto en sacarme de mis casillas a la primera de cambio.

Seguí empujándolo mientras él intentaba guardar a su amiga dentro de los pantalones, abrí la puerta, lo eché y cerré de un portazo.

Miré el váter con cara de asco.

Al final, terminé desnudándome y haciéndolo en la bañera. Asqueroso, lo sé, pero para lo que me importaba en ese momento.

Cuando llegué a la cama, mi esposo estaba dormido, acostado boca arriba y roncando. Para una foto, vaya. Acababa de cargarse mi segunda boda.

Así tienes una excusa para que te deba una tercera, pensé para mí misma.

—Ni lo sueñes —gimió él medio dormido, habiendo escuchado mis pensamientos.

Con una enorme sonrisa en los labios, me abracé a él, quien, a su vez, me abrazó y nos quedamos sumidos en un profundo sueño.

—No me da la gana —gruñí.

—Venga, Natalia, es tarde.

—Me da igual, estoy de vacaciones —cogí la almohada y me la puse por encima de mi cabeza.

—Por eso, ya tendrás tiempo de descansar cuando estés en España, ahora nos vamos a la playa.

—La playa no se moverá del sitio —moví mi culo exageradamente cuando él se sentó encima, intentando que se quitara—. Deja de fastidiarme, Jose.

—Venga, Natalia, sabes que no puedo quedarme quieto.

—¡Pues vete tú! —grité sacando la cabeza de mi escondite— Joder, Jose, déjame descansar, aunque sea un poco. Ve con alguien, no sé, no me necesitas.

Se tumbó a mi lado y acarició mi cara con sus dedos.

—Me apetece estar contigo, no con nadie.

Lo miré extrañada.

—A mí también me apetece estar contigo, cariño. Pero anoche bebimos mucho, me duele la cabeza, ¿no podemos descansar un poco más y ya después nos pasamos el día en el agua, si es lo que quieres?

—¿En el agua? ¿Tú y yo? —la voz le había cambiado y sabía que esa simple frase lo había excitado.

—¿No tienes resaca?

—Ninguna —pegó su cuerpo al mío, su erección clavada en mi vientre.

—No tengo escapatoria, ¿verdad?

Me miró unos segundos antes de decir: Ninguna. Se tumbó sobre mí y devoró mi boca. La noche anterior no habíamos “consumado” el matrimonio, así que parecía que esa vez sí lo hicimos en serio.

Era mediodía cuando logramos salir de la cama. Tras ponernos ropa de playa, salimos en busca de nuestros acompañantes de viaje. Estaban todos en la playa, algunos tomando el sol, otros de risas y bebiendo, otros disfrutando del mar.

Nos unimos a ellos y comenzamos a disfrutar de nuestras vacaciones.

La semana en Cuba se pasó realmente rápido. Nos faltaba tiempo para ver todo, aunque ya lo conocíamos, era como si fuera nuestra primera vez. Nos hacía ilusión compartir ese viaje con nuestros seres queridos y poder enseñarles esa isla que tanto nos había marcado.

Era la última noche que pasaríamos en Cuba. A la mañana siguiente volaríamos con destino a nuestra vida. Estaban todos acostados ya y Jose y yo no podíamos dormir.

Sentados en la terraza de la habitación, con vistas a la playa, en silencio, escuchando la música del bar del hotel de fondo, la playa iluminada. Despidiéndonos de ese lugar paradisíaco por segunda vez.

—Tenemos que volver —dije en voz baja, rompiendo el silencio.

—Lo haremos cuando quieras —respondió Jose.

—No sé qué me pasa con esta isla, Jose, pero es como si algo me uniera a ella.

—Sé bien qué sientes.

—¿Te pasa igual? —lo miré a los ojos.

—No con Cuba, pero sí con Marruecos. Es como un hilo que tira de tu interior, ¿no?

—Ajá... —me quedé mirándolo— ¿Has bebido mucho? —bromeé al notarlo tan serio.

—No como me gustaría. Tampoco quiero que esto se acabe —me guiñó un ojo.

—Es hora de volver a la realidad —volví a mirar al horizonte, al mar—. Pero volveremos —dije como un juramento.

Tras un rato, agarré la mano que Jose me ofreció y no fuimos a la cama. Abrazados, en silencio, nos disponíamos a dormir cuando, como si fuera un

regalo del destino, a lo lejos, comenzó a sonar una de mis canciones favoritas.

Yo no sé por qué razón
cantarle a ella si debía aborrecerla con
las fuerzas de mi corazón.

Todavía no
la borro totalmente ella siempre está
presente como ahora en esta canción.
incontables son las veces que he tratado de
olvidarla y no he logrado arrancarla ni un segundo
de mi mente porque ella sabe todo mi pasado me
conoce demasiado.

— Ahí tienes tu regalo de despedida —susurró Jose, sabiendo de más lo que
esa canción significaba para nosotros.

Sonreí con tristeza y sabiendo que echaría de menos todo aquello, pero también
con alegría porque al hombre de mi vida y a mí, nos quedaban muchas aventuras
por vivir.

Le di un beso en el pecho, suspiré y cerré los ojos. Con Pablo Montañez y su
canción “Un montón de estrellas”, nos despedimos de Cuba por segunda vez.



Los siguientes 8 años fueron de lo más divertido y felices, viajábamos varias veces al año, laboralmente nos iba genial y nos podíamos permitir el lujo de escaparnos varias veces.

Estuvimos varias veces en el caribe, repitiendo incluso algunos destinos, habíamos estado muchas en Rivera Maya, dos en Jamaica, dos en Cuba, una en república dominicana, Miami y toda la florida, incluido Disney World, no teníamos hijos y nos podíamos permitir muchos lujos.

Jose era lo mejor del mundo, como persona, como marido y sobre todo como compañero de viaje de la vida, esa que tan feliz llenaba. Vivíamos en el pueblo de al lado, ya que habíamos decidido vender el piso y comprarnos un chalet con piscina, así que nos fuimos a una zona rural.

Una mañana Jose cuidando los cactus, le cayó el líquido que contiene dentro en los ojos y no veía, así que me lo llevé para urgencias, mientras esperábamos vi un cartel que me llamó la atención, avisaba de los niños españoles que necesitaban con urgencia un hogar.

Apunté el teléfono, al día siguiente llame para informarnos y me dieron una cita, todo fue apresurado, pero todo pasa por algo...

Nos explicaron todo, en definitiva, terminamos preparando todo el papeleo, horas de valoraciones psicológica y en pocos meses teníamos la idoneidad, yo avisé que quería que fuera entre 5 y 8 años, ya que a esa edad están en riesgo de que nadie los acepte y yo quería poder contribuir con mi granito de arena al que al menos uno pudiera tener esa posibilidad, así que con todo arreglado solo nos quedaba esperar a que algún día nos llamaran para alguno que fuera idóneo con lo solicitado y aprobado.

Meses sin saber nada, los nervios nos apoderaban, preparamos un dormitorio, no sabíamos si sería niño o niña, solo que nos estábamos preparando para darle la mejor de las bienvenidas a nuestro hogar.

Un día le dije a Jose que quería ir a Tailandia, que no tenía por qué pasar nada, que no me quería quedar con las ganas de conocer aquel país, él me dijo que adelante que preparara todo para Julio y eso hice... me preparé y estudié el país y me encargué de comprar los vuelos y alojamientos.

¿Puede un sueño hacerse realidad?

No lo sé. Lo que sí sé es que hay vidas que se viven como si fuesen un sueño.

Habían sido momentos muy duros por los que habíamos pasado Jose y yo. Ahora nos tocaba respirar. Queríamos mirar la vida con una luz diferente. Queríamos mirar a la vida con una luz clara, sin malos rollos, pensando en positivo siempre. Nos lo merecíamos. Yo deseaba con todas mis fuerzas que la vida nos sonriera.

Habíamos preparado el viaje a Tailandia con mucho mimo y con ganas de disfrutarlo a tope. Yo estaba muy nerviosa el día antes y así se lo dije a Jose que no paraba de reírse ante aquella actitud mía. Yo estaba nerviosa, excitada y solo pensaba en el paraíso. Porque para mí aquel país iba a ser al paraíso. Me había informado bien del destino que habíamos elegido. Aún recuerdo cuando no quería salir de España. Pensaba que, más allá de mi casa, solo había un mundo lleno de peligros y de mala gente. Qué infantil era para muchas cosas, madre mía.

Ahora me daba cuenta de que la vida debía aprovecharla al máximo.

Ya no valía nada de dejar las cosas para adelante. Tras el accidente de Jose, me había dado cuenta de que no sirve de nada dejar las cosas para más adelante. De repente, llega el destino y lo jode todo. Y tienes que empezar de nuevo. Ahí es cuando te das cuenta de que hacer planes no sirve para nada.

Estaba yo tan feliz haciendo mis maletas la noche antes. Por la mañana temprano cogíamos el avión. Jose estaba asustado porque yo no paraba de meter bañadores, lencería, pareos y camisetas.

—¿Estás loca? ¿Adónde vas con todo eso?

—A la guerra. Vamos a la guerra, Jose —me reía mientras le respondía como si fuese un niño.

—Pero... ¿qué dices? — preguntó él esbozando una sonrisa.

—No sé qué llevarme. Nos va a hacer falta de todo. Son muchos días y necesitamos de todo.

—Pero... si lo único que veo son bikinis y bañadores. No hay nada de mi ropa.

—Tu ropa te la preparas tú. No seas huevón, ¿me oyes?

—Está bien, me la prepararé. Pero nos va a costar facturar más todo eso que llevas en las maletas que lo que nos ha costado todo el viaje. No va a poder despegar el avión — dijo él un tanto asustado.

—No seas aguafiestas. ¿Te has preparado lo tuyo?

—Sí, Natalia, llevo una mochila y ya está — dijo él seguro de sí mismo.

—Luego no me digas que tienes frío — añadí yo como si fuese una madre posesiva.

—¿Frío? ¿En Tailandia? Me voy a callar porque esto es para grabarlo.

Yo ya sabía que Jose lo único que buscaba era provocarme. Por esa razón, no paraba de quejarse. Yo estaba más que harta de que siempre me sacara algún tema que me hiciera enfadar, porque al final acabábamos encamados y yo tenía que hacer aún muchas cosas. No sé de qué se quejaba. Era mi ropa. Me la había pagado con mi dinero y ahora aprovechaba aquel viaje para estrenarla. Me lo iba a poner todo como hice en las Canarias. Iba estar guapísima con mis bikinis y mis bañadores. Aunque es cierto que Jose tenía algo de razón, me estaba pasando tres pueblos. Las maletas iban a reventar

De hecho, me senté en una de ellas para poder cerrarla. No había forma. Jose estaba que se partía de risa. Yo lo miraba con una cara de asesina que no podía con ella. Estaba haciendo un esfuerzo muy grande para que aquello saliera bien. Jose solo se dedicaba a sacarme de quicio con sus bromas y a reírse de mí con sus chistecitos, ahora que yo estaba en apuros. Eché la maleta al suelo. Me puse encima y comencé a saltar a ver si de una vez por toda la ropa entraba. Al final lo logré. Pero aquello ya no parecía una maleta, parecía una morcilla.

—Joder, ¿por qué me miras así?

—¿Cómo demonios vas a bajar esa maleta hasta el coche, y la otra, y la otra? No podemos llevarlas en el coche. No caben. Parecen rollitos de primavera o fajitas mejicanas. Nos van a multar, Natalia.

—Tú y tus bromas. En vez de quedarte ahí, intenta ayudarme — me quejé yo, poniendo cara de perro.

—No me jodas, Natalia, pero si te has puesto a meter cosas como una loca. Está toda la casa metida en esa maleta.

Me dieron ganas de coger cualquier cosa y tirársela a la cabeza. Me estaba sacando de quicio, ahora de verdad. No le dije nada. Mi silencio le bastó para comprender que yo estaba muy enfadada. No estaba ayudándome, solo estaba quejándose.

Yo ya sabía de sobra que aquella maleta parecía una croqueta. Pero no podía hacer nada. Tenía miedo de que nos faltara cualquier cosa y estábamos a muchos kilómetros de nuestra casa. Yo no sabía qué clase de país era Tailandia. Yo no sabía si íbamos a tener facilidad para comprar cualquier cosa si nos hacía falta, aunque leí y todo el mundo me advirtió de que aquello era el paraíso para las compras.

De repente, lo vio. Vio el botiquín encima de la cama.

—¿Te vas a llevar un botiquín, Natalia? — preguntó él serio.

—No me calientes. Claro que me voy a llevar un botiquín. No sé si nos hará falta alguna pastilla o agua oxigenada.

—¿Agua oxigenada? ¿Para qué? —preguntó extrañado.

—Por si nos cortamos o por si algún cangrejo en la playa te pica — dije yo con tono de sabihonda.

—Que, si nos pica un cangrejo, pero... ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? — comentó él rascándose la cabeza.

—Toda precaución es poca — sentenció.

—¿Te has tomado algún tranquilizante? No nos podemos llevar todo eso, Natalia. En el peor de los casos, si nos pasara algo, allí habrá médicos y no me va a picar ningún cangrejo.

—Pues imagínate que es una medusa, Jose — argumenté.

La verdad es que aquello se estaba saliendo de madre. Yo estaba siendo muy exagerada con mis comentarios y Jose estaba alucinando. Se acercó a mí y me cogió por la cintura. Yo bajé de la maleta. Estuve ahí arriba mientras discutíamos como si fuera la Estatua de la Libertad. Nos miramos a los ojos y nos besamos.

—Soy muy feliz contigo. Natalia, quiero que te relajes. Necesito que te relajes. No te hace falta tanto para ese viaje.

— Perdóname. Estoy muy nerviosa, ¿sabes? Y quiero que salga todo bien.

—Sé de sobra lo que quieres, Natalia. Pero, sin quererlo, me estás poniendo muy nervioso a mí también.

—Lo sé. Lo sé — repetí un tanto apenada.

— ¿Quieres cenar? Han abierto un restaurante chino cerca de aquí — me propuso él con su típica sonrisa conquistadora.

— Lo que quiero es otra cosa — respondí con un tono más que morboso.

Él no se lo pensó. Ni yo tampoco. Apartamos las maletas que estaban encima de la cama. Cayeron al suelo haciendo un ruido tremendo. Seguro que subían los vecinos a ver qué demonios había pasado. Porque el golpe se tuvo que oír hasta en el primero. Pero no fue así. No subió nadie. Nos besamos muy despacio. Él me echó sobre la cama. Y yo me dejé arrastrar. No fuimos a cenar al restaurante chino. Nos amamos. Yo necesitaba hacer el amor, descargar toda la adrenalina que corría por mis venas.

Sin darnos cuenta, después de aquel polvo, nos abrazamos. Cerramos los ojos y nos quedamos dormidos. El avión salía al día siguiente muy temprano. Se nos olvidó poner la alarma. Sobre las 5 la mañana, yo abrí los ojos. Tenía sed. Me levanté a beber agua. Jose dormía a mi lado como un niño Jesús. Yo pensaba que era otra noche cualquiera. No me acordaba de que íbamos a hacer un viaje al otro lado del mundo. Cuando regresé a la cama, vi las maletas y entonces me di cuenta de lo que nos había pasado.

Me tiré de los pelos. Se nos iba a escapar el avión. Comencé a gritar como si la casa hubiese empezado a arder. Jose dio un salto de la cama que casi se rompe la espalda cuando cayó al suelo. El susto fue tremendo. Él me miró con la cara blanca.

—¿Qué ha pasado? ¿Hay ladrones?

—¡¡Que nos hemos quedado dormidos!! ¿Sabes? — grité desesperada.

—¡¡Tranquila, tranquila!! Ponte lo que sea y te espero abajo con el coche.

Menos mal que los pasajes y los documentos estaban guardados en un bolso de mano y no hubo que alterar demasiado. Salimos disparados. Yo llevaba unos pelos de bruja que anda y a Jose no le había dado tiempo ni a ponerse los zapatos. Las maletas entraron después de dejar una en casa, la que llevaba el botiquín. Jose arrancó el coche en zapatillas. Menos mal que llegamos al aeropuerto a tiempo y pudimos coger el vuelo. Mientras facturábamos aquellas maletas que parecían el cargamento del Titanic, Jose pudo cambiarse los zapatos.

Montamos en el avión y respiramos aliviados. Casi lo perdemos.

—Siempre recordaré este polvo, Natalia —dijo él, ladeando la cabeza hacia mí en el asiento.

—¿De qué hablas? —pregunté yo que tenía todavía el corazón en la boca.

—Que ese polvo casi nos cuesta este viaje y, por eso, lo voy a recordar siempre — sonrió mientras me miraba a los ojos fijamente.

—Tú sí que estás loco — dije yo devolviéndole la sonrisa.

El viaje en avión fue fantástico. Nos reímos mucho, pudimos descansar. No hubo problemas de turbulencias y de ningún tipo. Yo ya había superado mi miedo a no salir de España. Ahora tenía un mundo frente a mí. Todo era resultado de la alegría que yo sentía porque, al final, todos nuestros problemas se habían solucionado. Estuve a punto de perder a Jose y sufrí muchísimo, como habíamos sufrido con otras tantas cosas que los dos habíamos pasado juntos. Pero ahora, como él me decía muchas veces, no era momento de mirar al pasado, sino de mirar hacia el futuro.

Era las 6 de la mañana, cuando aterrizamos en Bangkok, dejamos las cosas en la habitación, no queríamos dormir, desayunamos pronto y salimos a recorrer la ciudad. Teníamos unas ganas locas de enfrentarnos a ese nuevo mundo que se

abría ante nuestros ojos.

Lo primero que hicimos fue ir a visitar el mercado más grande de Tailandia, que era solo los domingos, así que precisamente hoy lo era y había que aprovechar.

El ambiente del mercado de Chatuchak es idóneo para el regateo y encima hay todo colocado de forma muy atractiva, los puestos están divididos por zonas, entre las que se encuentran las de ropa, souvenirs, artículos para la casa o mascotas.

Me quedé muerta. Nunca había estado en un sitio así. Gentes de todas las razas se mezclaban en una muchedumbre donde te podías perder con toda facilidad. El calor, los aromas de la comida en las calles y los colores vivos de las fachadas de los edificios y de los puestos donde se vendía toda clase de productos me dejaron completamente alucinada.

Estaba con la boca abierta. Jose me miraba y se reía, aunque yo creo que él estaba igualmente emocionado. No dábamos crédito a lo que estábamos viendo. Aquello no tenía nada que ver ni con España ni con ningún país de Europa. Era toda una selva humana. Estábamos en medio de un laberinto de calles y de rostros que se perdían en un tumulto. Yo tenía la sensación de estar en el centro del mundo.

Estaba muy emocionada. Y mi emoción fue en aumento cuando empezamos a ver templos y estatuas de Buda por todos los sitios donde mirábamos. José estaba sintiendo lo mismo que yo, pero no sabía cómo expresarlo. Aunque nos gustaba el mar y estar solos en la playa, aquello también nos estaba gustando mucho.

A mí se me erizaba la piel al ver aquellas calles tan diferentes a las que yo había visto hasta entonces. Hubo un momento en el que mis ojos se llenaron de lágrimas. Jose se dio cuenta enseguida.

—¿Qué te pasa? — preguntó riendo.

—Estoy muy emocionada. Pensaba que esto solo existía en las películas y estamos aquí en medio de esta marea de gente —dije yo titubeando, temblorosa.

Me cogió las manos y nos paramos en mitad de aquel río de gente. Nos miramos y nos besamos. No me creía nada de lo que estaba viendo.

Teníamos un hambre feroz. Podíamos habernos quedado en el hotel y haber comido allí, pero a Jose le gustaba la aventura y quería mezclarse con la gente y yo con él. Fuimos a unos puestos de fideos que estaban en la misma avenida principal, cerca del hotel. La gente reía constantemente. Todos eran muy simpáticos. Estaban acostumbrados a los turistas de cualquier lugar del mundo.

De repente, para mi sorpresa, vi que vendían saltamontes fritos en un puestecito que estaba situado en una esquina donde concurrían varias calles. Yo quería probarlos, pero me daba miedo. Jose sí que se atrevió para empezar a fastidiarme.

—Eso deben ser los churros de aquí. Están fritos y te los sirven en un cucurucho de papel o en palillos. Vamos a probarlos, Natalia.

—¿Estás loco? Yo no me como eso ni muerta —me negué enseguida.

—Pero si eso es como las gambas, hija — dijo él riendo.

—¿Cómo las gambas? No te jode. ¿Cómo van a ser como las gambas? Que yo no voy a comerme eso. No tengo ganas de ponerme enferma.

—Natalia, aquí todo el mundo los come.

Jose se acercó y pidió probarlos. La mujer, amablemente, se lo sirvió. Jose le dio un bocado a un saltamontes y lo masticó con ganas. De repente, vi en su cara una sonrisa. Al muy cabrito le habían gustado aquellos pinchos. Pidió una docena y se la sirvieron en dos palillos. Me invitó a que yo cogiera uno como si aquello fuese una piruleta. Casi le cruzo la cara allí en medio. Le dije que ni loca. Que yo me quedaba con mis fideos que era lo más parecido a la comida española.

—Pero si son criaturas del Señor. Esto es sanísimo, Natalia.

—Que me dejes, loco. Yo me como los fideos y ya está — comenté yo decidida.

—Tú te lo pierdes. Es muy importante conocer la gastronomía del país, ¿sabes? Eres una inculta, Natalia. No se te puede sacar de casa — dijo él

intentando provocarme.

—No te preocupes, Jose. Inculta, ¿no? Cuando lleguemos a casa, acuérdate de que te fría unas cucarachas, de esas gordas que se pasean por la calle cuando llega el calor. No seas idiota, Jose. Me da asco. Después de comerte eso, no pienso besarte más en la vida.

—Eso no te lo crees ni tú, Natalia. No vas a poder resistirte a mis encantos — dijo él haciéndose el tonto.

—¿Encantos? Haz el favor de no comer más bichos delante de mí que me van a sentar más los fideos.

Al final terminé probando todos, estaban fritos, llevaban sal y pimienta, eso le camuflaba bastante el sabor.

Cuando dejamos de comer, decidimos perdernos de nuevo por el centro de la ciudad. Pagodas, templos, edificios históricos formaban parte de aquel paisaje lleno de gente. El ruido, la música, las voces, los colores hacían que todo aquello pareciera un sueño. Sentía que estaba dentro de un sueño, eso es. Hacía menos de un día que estaba intentando cerrar una maleta en nuestra pequeña casa y ahora me encontraba al otro lado del mundo, rodeada de millones de personas desconocidas. Eso era un milagro.

De repente, Jose me dijo.

—¿Sabes lo que me apetece, Natalia?

—Sorpréndeme, pájaro insectívoro, come bichos — dije yo temiéndome lo peor.

—¿Por qué no nos damos un masaje tailandés? — preguntó el serio.

Yo no sé si estaba bromeando o lo estaba diciendo con toda su alma. Después de todo este tiempo, Jose era capaz de jugar conmigo al despiste. No terminaba yo de pillarle el truco a sus engaños.

—Jose, déjate de tonterías. Hay un montón de cosas por ver aquí. ¿A ti no se te ocurre otra cosa que decirme lo del masaje tailandés? Eso suena a peli porno.

—No, no, no, Natalia. Forma parte de su cultura. Es un masaje terapéutico, para aliviar tensiones y dolores. Seguro que, en el hotel, hay masajistas — comentó él mirándome a los ojos.

Yo sabía que se estaba partiendo de risa por dentro, aunque no le faltaba razón porque, luego me enteré de que no había nada pornográfico en aquello, que se trataba de un masaje para aliviar los dolores tal y como él me había dicho.

Yo no le hice ni caso. Continué andando entre la muchedumbre. Él me siguió detrás y de repente me paré. Lo cogí por la cintura y lo miré a los ojos. Aquella mirada lo dijo todo. Le dije que yo no era ninguna aburrida y que, cuando llegáramos al hotel yo iba a ser la masajista que necesitaba. Iba a enterarse este de lo que era un masaje tailandés.

Detrás que aquellas bromas que continuamente me gastaba Jose, había un hombre que me había enamorado profundamente. Su sentido del humor era su forma de demostrarme que me quería y que apreciaba también mi carácter. Aquella tarde acabé con los pies hinchados de tanto caminar.

Pero mereció la pena por la cantidad de monumentos que visitamos. Pero Jose no se podía estar quietecito y me tenía una sorpresa preparada. Cuando pensaba que nos íbamos a quedar en el hotel después de un día tan intenso, Jose me dijo que teníamos que salir esa noche. Yo me quedé un tanto sorprendida porque, después del vuelo tan largo y después de todo aquel día recorriendo las calles de la capital, pensaba que él estaría tan agotado como yo. Además, nos quedaba ni masaje particular tailandés. Pero no.

Jose me dijo que me arreglara. Que íbamos a hacer un crucero.

—¿De qué hablas? —pregunté yo boquiabierta.

—¿No te lo esperabas, verdad?

—No, no me lo esperaba — dije yo titubeando.

—Arréglate, no quiero decirte nada más. Vamos que nos esperan en la puerta del hotel — dijo él bastante emocionado.

Me puse un vestido blanco, ligero. Jose también iba informal. Aunque hacía calor, la temperatura aquella noche fue agradable. De repente, en la puerta del hotel había una motocicleta de esas típicas de Bangkok. Se trataba de un tuk tuk. Yo estaba alucinando de nuevo. Me dio por reírme. Aquello parecía una atracción de feria ambulante.

Me sentí como una niña. Me monté junto a Jose y aquel cacharro se puso en marcha. De nuevo, la simpatía de aquella gente me enamoró. El conductor no paraba de sonreír y de indicarnos con la mano que miráramos algunas fachadas iluminadas de edificios muy importantes. Llegamos al embarcadero. Ahí estaba el barco en el que íbamos a cenar esa noche. Yo no sabía si reírme de la situación o ponerme a llorar porque aquel regalo de Jose me llegó directamente al corazón. Íbamos a dar un paseo por el río Chao Phraya. Había más parejas como nosotros. En la cubierta de aquel barco, estaban dispuestas unas mesas donde cenaríamos.

Yo no podía decir nada. No me salían las palabras. Jose pudo ver que mis ojos estaban haciendo chiribitas. Nos sentamos en una de las mesas del centro y el barco comenzó su travesía.

—¿Por qué has hecho esto, Jose? —pregunté yo respirando con dificultad a causa de la emoción.

—Porque te quiero, porque tengo que agradecerte muchas cosas, Natalia.

—No tienes que agradecerme nada, Jose. Eres todo lo que tengo. ¿Hablamos en serio, verdad?

—Claro que hablamos en serio. Ya vendrán las bromas — dijo él con los ojos llenos de luz.

—Sigo muy emocionada. ¿Te has dado cuenta de lo que es la vida?

—Lo sé. Es extraña, ¿verdad?

—No. Yo creo que es maravillosa, pese a los momentos tan malos que hemos pasado. Pero no quiero pensar en eso — dije yo sonriendo y sorbiendo de la copa de vino que nos acababan de servir.

—Pero debemos acordarnos de los momentos malos también — dijo él con intención de querer decirme algo que le oprimía el corazón.

—No quiero, Jose. Aún me acuerdo de aquel médico que me dijo que te ibas a morir. Fue muy duro.

—Ya, imagino que tuvo que ser muy jodido verme así.

—Lo fue. Sabes que hemos hablado muy poco de todo eso. Me cuesta hacerlo. Pero Jose creía que te perdía de verdad y que, al perderte, mi vida también se iba detrás. ¿Qué habría hecho yo sin ti?

—Habrías salido adelante. Eres una mujer increíble. Estás llena de energía. Eres arrolladora. Sabes resistir a todo. Lo que sucede es que, cuando vives momentos como este, Natalia, te acuerdas de los momentos malos. No podemos evitarlo — añadió él como si fuese un filósofo.

—Bueno, vamos a dejarnos de malos rollos y disfrutemos de este momento — dije yo animada, muy animada.

Los platos que nos sirvieron estaban riquísimos. Me chupé los dedos y, cuando escribo que me chupé los dedos, es que me los chupé de verdad. Jose estaba avergonzado y no paraba de reñirme. Yo solo sabía pedirle al camarero que me trajera pan para sopar y rebañar los platos, pero ni caso. Jose me decía en plan de broma que no iba a salir más conmigo a ningún sitio. Yo me reía y lo que hacía a continuación era rozar con mi pierna la suya para que se pusiera nervioso. De repente, delante de nosotros, como si fuese de otro mundo, apareció el Templo del Amanecer y el Gran Palacio, iluminados al anochecer. Yo contuve la respiración. Era una imagen preciosa. No quise ni fotografiarlos. Quería vivir el momento, guardar en mi memoria aquellas imágenes. Jose también estaba

conteniendo la respiración. La música a bordo amenizaba aquellos momentos maravillosos.

—¿Te has dado cuenta de una cosa, Jose?

—¿Qué pasa? No me asustes.

—No nos han servido tus ridículos insectos fritos — dije yo sacándole la lengua.

—Es una pena porque estaban riquísimos — dijo él con orgullo.

—Ya te puedes lavar bien la boca con la pasta de dientes y con enjuague bucal. No pienso besarte. Aún me acuerdo y me da repelús.

—Eres muy fina tú. Los insectos aquí son como las gambas y los camarones. Todavía no te has enterado. Aunque al final los probaste todos, creo que te gustaron, pero tu orgullo no te permite decirlo.

Yo me callé. No quería enfadarlo. Porque, a veces, empezábamos a provocarnos y acabábamos enfadados de verdad. Yo quería que aquella noche no se acabara, pero el barco finalmente se detuvo en el mismo embarcadero del que salimos. Jose me ayudó a bajar y de nuevo cogimos un tuk tuk de esos que parecía la furgoneta de Scooby Doo.

A mí me dio por reírme. Si mi madre o mi padre me vieran aquí montada. Pero lo importante es que era feliz al lado de Jose y que, cuando llegáramos al hotel, yo le iba a hacer un masaje tailandés, el francés, el chino, el español y todos los que existen. Porque se lo había ganado. Porque me había conquistado de nuevo con aquel detallazo. La verdad es que no me lo esperaba. A veces era un poco capullo, pero me encantaba que fuera así, que me sorprendiera.

Cuando dejamos el tuk tuk, entramos al hotel cogidos de la mano como si volviésemos a tener quince años y nos fuéramos al descampado a ver el atardecer. No pudimos esperar a llegar a la habitación. Dentro del ascensor, nos pusimos a darnos el lote.

— Natalia, hay cámaras —dijo él advirtiéndome de que estaríamos siendo grabados.

— Me dan igual las cámaras. No soy ninguna famosa —dije yo mientras le quitaba la camisa.

— Sí, pero que esta gente lo mismo vende luego las imágenes —añadió él preocupado.

— Cállate ya, que me vas a enfriar. ¿Nos están grabando? ¿Y qué? Procura hacerlo bien no sea que te vayan a ver tus primos y digan luego por ahí que no sabes hacer el amor — dije yo mientras le comía los morros como si estuviese poseída.

— Estás como una cabra, ¿sabes?

Estaba en un sueño. Jose dejó de preocuparse y me siguió el juego. El ascensor se paró y salimos los dos como si fuésemos dos balas hacia nuestra habitación. Yo coloqué el cartel de no molestar y no fuimos derechos a la cama. Allí hubo más que pasión, hubo fuego. Yo me sentía nueva. Jose me había demostrado que era el hombre de mi vida. Sin darme cuenta, aquel crucero por el río me había hecho ver también a la persona sensible que había detrás de aquel hombre. Creo que era esa parte de Jose la que más me atraía.

Nos faltaba el aire. Teníamos unas ganas locas uno del otro. Se escuchaba el rumor de las calles aún abarrotadas de gente.

Bangkok no descansaba nunca y nosotros, tampoco.



Al día siguiente alquilamos un taxi todo el día para nosotros, por el módico precio de 20 euros, yo estaba flipando.

Nos llevaron a las afueras de Bangkok para visitar el mercado flotante Damnoen Saduak, tantos vendedores en barca que se mire donde se mire hay siempre una estampa preciosa de postal que captar con la cámara y llevarnos un recuerdo de la **Tailandia** más auténtica, era todo un placer, los dos alquilamos una barca de forma privada, sin tener que compartir con otros turistas, el chico que nos llevaba era un encanto y pronto paramos a una barca que vendía cervezas, nos pillamos dos latas.

Un lugar ideal para realizar nuestras compras en artesanía local y degustar las frutas y platos típicos del centro de Tailandia mientras navegamos por sus canales, sin duda jamás se podría borrar esos momentos de mi retina, Jose me miraba de forma asesina, yo ni caso, compraba de todo, la barca iba llena de bolsas, menos mal que afuera nos esperaba pacientemente el taxista.

De allí nos fuimos a Ayuttaya, antigua Capital del Reino de Ayutthaya o Reino de Siam, la zona arqueológica era una pasada, nos quedamos un rato contemplando como rezaban en un templo y nos llamaba mucho la devoción que sienten por sus

budas.

Me quedé boquiabierta cuando vi, la cantidad de budas distribuidos a lo largo del recinto y por las vestimentas anaranjadas que los cubren.

Tras esa preciosa visita, nos fuimos para Bangkok, nos duchamos y nos fuimos para *Khao San Road*, la calle mochilera más famosa de aquel país.

Hice compras, bebimos cervezas, era todo genial en aquel lugar.

Lo estábamos pasando bomba en aquella ciudad. El tiempo pasaba muy rápido. Sentía que había sido un gran acierto elegir aquel viaje. Jose estaba emocionado y no paraba de gastarme bromas a lo largo de todo el día. Yo a veces hacía que me enfadaba y entonces él se dedicaba a hacerme la pelota. Aún nos quedaba algo mucho mejor en aquel viaje, pero tenía que esperar.

A veces, preguntábamos a algún turista español que nos encontrábamos por casualidad o a alguno de aquellos conductores de tuk tuk que eran muy simpáticos y que respondían en un inglés fácil de entender. Nosotros nos reíamos continuamente al ver que aquellos habitantes siempre no sonreían. Nadie nos trataba mal ni nadie nos ponía mala cara. Era como si llevaran la sonrisa en los genes, como si naciesen con ella.

Yo sabía que lo que Jose estaba haciendo era provocarme. Yo creo que le gustaba mucho verme enfadada. Porque él ya sabía lo que venía a continuación. De repente, me disparaba, le soltaba lo primero que me venía a la cabeza, pero después acabamos haciendo el amor, teniendo sexo del bueno. Pero aquel no era el momento, sobre todo, cuando estábamos dentro de un templo y el guía, sin dejar de sonreír, nos explicaba cada uno de aquellos rincones.

Yo regresé al puesto de fideos que tanto me había gustado el primer día. Esperaba que Jose no volviera a comer de aquellos insectos horrorosos que había pedido en un puesto que se encontraba en una esquina donde coincidían todas las calles. No, menos mal. Me acompañó hasta mi puesto favorito de fideos y él también se los pidió. Estaban extraordinarios. Nos sentamos a comer. Y entonces comenzamos a picarnos el uno al otro sin dejar de sonreír, porque en el fondo estábamos muy contentos de estar allí.

—¿Por qué te reías de mí antes, Jose?

—Porque parecías un pasmarote. No te creías ni tú el papel que estabas haciendo, Natalia. Ibas de empollona, como si fueses una alumna aplicada y tú has sido un desastre en la escuela — dijo él riendo.

—Pero, ¿de qué papel hablas? Yo estaba muy interesada en toda la información que estaba soltando — dije yo haciéndome la lista.

—Pero si no te has enterado de nada. La mitad de las cosas que decía el guía las soltaba en inglés. Yo estaba bostezando

—Porque tú eres un maleducado y nunca te ha interesado aprender nada de nada — añadí yo a la defensiva.

—Mira, atención, señores, que habló la Premio Nobel de Literatura — elevó la voz con ganas de sacarme de quicio.

—Jose, te voy a mandar a la mierda, ¿sabes? Yo entendía perfectamente lo que decía el guía — mentí como una bellaca.

—Venga, Natalia, hazme un resumen de todo lo que has oído.

Estaba claro que Jose tenía ganas de follón. Yo no sabía qué responderle en aquel momento. Era cierto que no me había enterado de mucho, pero aquel día había puesto tanto interés que yo, por no ser maleducada, lo escuché todo con atención. Pero era verdad, me había enterado de poco, por no decir de nada.

—Bueno, deja de meterte conmigo, Jose. Estaba siendo educada y de verdad te digo que estaba muy interesada en lo que aquel hombre estaba diciendo — repliqué yo, convencida de mis palabras.

—Pero si tú no has escuchado a nadie. No has escuchado a ninguno de tus profesores — las palabras de Jose sonaron a ofensivas. Se estaba pasando tres pueblos.

—Mira, Jose. Tuve mala suerte con los profesores. Eran muy aburridos — comenté yo mientras tragaba fideos como una loca, pues estaba hambrienta.

—Sí, mala suerte. Se pedirían la baja por depresión al tenerte como alumna
— volvió al ataque.

Yo no sabía qué hacer con aquel tipo de respuestas que Jose no paraba de soltar por su boca. Me estaba poniendo nerviosa. Los fideos, que estaban riquísimos, me iban a sentar fatal. Iba a tener que tomar bicarbonato para hacer la digestión. Me daban ganas de coger el cuenco y pirarse lo a la cabeza.

Intenté aguantarme y conté hasta diez. Respiré hondo. Entonces se me ocurrió decirle una cosa.

—Todos los profesores eran un coñazo, menos uno, con el que ...

—¿Con el que qué..., Natalia? — preguntó de repente.

La cara de Jose cambió al instante. Se quedó blanco. Estaba más que sobrecogido. No se esperaba esa respuesta. Sabía que lo iba a joder. Iban a revolverse sus hormonas al escuchar que hubo algún profesor que me hizo tilín.

—¿Un profesor? ¿De quién se trata? Nunca me dijiste nada — replicó con expectación, esperando una respuesta.

—Las chicas guardamos secretos. Fue un profesor de Lengua. No pasó nada entre nosotros, tranquilo. Pero porque yo no quise — dije yo guiñándole el ojo.

—Pero, ¿qué me dices? Lo sueltas así de repente y yo me tengo que quedar así, tan tranquilo. ¿Por qué tú no quisiste? ¿Qué me estás queriendo decir?

—Tranquilo. Era un hombre casado, ¿sabes? — yo fui haciendo la pelota más grande con aquella mentira.

Casi se atraganta con los fideos cuando le dije que yo no había querido por mi parte tener un romance con un profesor que estaba casado. Pero que, si yo hubiese querido, el tipo se habría acostado conmigo. Le había montado una telenovela en dos minutos. Eso le pasaba por meterse conmigo. Lo mejor de todo es que Jose se estaba tragando todo lo que yo le decía. A veces se ponía celoso de una forma

incomprensible, aunque aquí había motivos. Y ahora estaba como loco. Y eso me gustaba.

Me gustaba provocarlo, me gustaba saber que él estaba colado por mí y que todo ese tipo de comentarios al final lo alteraban y lo ponían muy nervioso. Que se joda, pensaba yo por dentro, eso le pasa por meterse conmigo.

—Pero, ¿cómo te atreves a decirme eso, Natalia? ¿Cómo tienes tanto morro? Por favor, no es verdad. Es una mentira bien gorda, ¿verdad?

—Jose, no tienes por qué preocuparte. Te quiero a ti. Me llevó a su casa, ¿sabes?

Yo estaba dispuesta a hacer la mentira cada vez más gorda. Este se iba a enterar de lo que valía un peine.

—¿Te llevó a su casa?

José se puso a sudar y tragó saliva. Yo estaba que me partía por dentro de la risa. No sé si iba a poder seguir con la mentira durante más tiempo. Pero me estaba saliendo genial. A veces mi marido era demasiado inocente y se creía todo lo que yo le decía. De repente, le había salido el macho alfa que llevaba dentro y solo sabía preguntarme.

—¿Te llevó a su casa, Natalia? — repitió con ansiedad.

—Sí, pero yo solo tenía ojos para ti, Jose. Créeme, aunque el profesor me lo hizo muy bien — le susurré para darle más celos.

—¿Te lo hiciste con el profesor? — los ojos se le iban a salir.

—No, no me lo hice con el profesor. Yo no he dicho eso — comenté con un temor fingido.

—Acabas de decirme que te lo hizo muy bien, Natalia — dijo él más que nervioso.

—El café. Me hizo un café muy rico — añadí yo con misterio y riéndome a mandíbula abierta.

—¿Es todo mentira, verdad? — preguntó él con la respiración entrecortada.

—Claro que es mentira. ¿Cómo va a ser verdad lo del profesor? Eres muy tonto, Jose, cuando quieres, pero me encanta.

—Sabes que casi me da un corte de digestión con la broma — repuso él con voz de estar jodido.

—Eso te pasa por meterte conmigo, por decirme que me hacía la interesante al escuchar al guía y que los profesores no me aguantaban. Como si tú fueses un modelo a seguir en lo que a estudios se refiere.

De repente, se hizo un silencio entre nosotros. Jose me miró con una sonrisa enigmática. Yo ya sabía lo que quería. Le había gastado una broma y habíamos discutido. Necesitábamos un polvo. Así de claro. No voy a andarme con rodeos. El hotel no estaba lejos, pero Jose estaba dispuesto a algo más que a tener sexo en una simple cama. Miró a la derecha y vio que un tuk tuk estaba vacío. Seguramente el conductor lo había dejado allí un momento para ir a comer o para ir al aseo. Yo miré a Jose con complicidad, pero no estaba dispuesta a hacer nada de lo que a él se le estaba pasando por la cabeza. Pero Jose era una caja de sorpresas.

—¿No estarás pensando lo que me temo que estás pensando, verdad? — pregunté yo con miedo, pero también con excitación.

—Sí, hagamos una locura. Vamos a hacerlo en el tuk tuk —dijo él con ese brillo en los ojos que me advertía de que él también estaba excitado.

—Ni se te ocurra. Esto está lleno de gente. La policía nos podía detener y no tengo ganas de problemas con las autoridades de este país, Jose. Vamos a estarnos quietos.

—Hay callejones y no pasa casi nadie. Me he fijado antes. Allí nos verán. Va

a ser rápido, como cuando éramos más jóvenes y lo hacíamos en las dunas antes de que nos sorprendiera alguien.

—No me lo puedo creer — dije y me dio por reírme.

—¿No te atreves?

—Vete a la mierda — dije dirigiendo a un callejón.

Volvimos a perdernos por la ciudad. Yo quería comprarme un puñado de cosas. Por todos lados, había tiendas y puestos con ropas, telas y joyas preciosas. Me volví loca comprando de todo. Jose no paraba de reírse al mismo tiempo que me regañaba.

Todo lo que me estaba comprando no iba a caber en las maletas. Pero a mí me daba igual. Todo lo que me apetecía me lo compraba. Para eso había ahorrado todo el dinero que ahora llevaba encima.

Había leído en un blog de Internet que Bangkok era la capital asiática de las compras. En ningún otro lugar de Asia podías adquirir tantos y tan diversos objetos. También es porque es la capital mundial de las falsificaciones. Puedes ir al Mercado de Chatuchak y allí verás el mayor despliegue comercial que hayan visto tus ojos. Por eso, hay que llevar una maleta vacía o semivacía para cargar todo lo que puedas.

—No puedes llevarte todo eso. Eso no cabe en las maletas, Natalia — decía Jose alarmado.

—No te preocupes. Lo que voy a hacer a continuación es comprarme una maleta o dos — repuse yo haciéndome la chula.

—Pero que no nos podemos plantar con todo eso en el aeropuerto. Vamos a gastarnos lo que no está escrito en facturar todas estas bolsas — insistía una y otra vez con cara de poco amigos.

—Eres un aguafiestas. Cómprate algo tú también y cállate. No empieces a amargarme el viaje — le amenacé con una mirada asesina.

—Yo solo te aconsejo, Natalia.

A mí me daba igual lo que él me dijera. Yo estaba decidida a comprarme todo lo que me entrara por los ojos. Allí había plata, bronce y toda clase de metales. Las telas, los vestidos y los pañuelos estaban tirados de precio, así que no me lo pensé dos veces. Iba por la capital con unas bolsas enormes llenas de ropa y de complementos. Parecía Julia Roberts en *Pretty Woman*. De repente, la ciudad de Bangkok se había convertido en una de las mejores ciudades para comprar toda clase de moda.

Así pasamos el resto de días en la capital de Tailandia, disfrutando de unas vacaciones que nos merecíamos después de todo lo que habíamos sufrido.

Una noche, después de hacer el amor con Jose, no podía dormir. Me levanté de la cama y no sabía muy bien lo que me pasaba. Encendí la luz que había justo delante de un espejo. Me miré. Yo estaba completamente desnuda. Me gustó verme así. Me gustó ver mi cuerpo. No sabía exactamente por qué no podía dormir. Estaba agotada de tanto ir y venir por aquellas calles, pero algo me intranquilizaba, algo no me dejaba pegar ojo.

Me senté delante del tocador. Miré a mi reflejo y vi a una mujer joven, con toda la vida por delante. Sus ojos tenían un brillo especial, pese a reflejar también el cansancio. Reí delante de aquel espejo y mi reflejo me correspondió con otra sonrisa. Me gustaba mi sonrisa como me gustaba también la sonrisa de Jose, que ahora dormía en la cama plácidamente. De vez en cuando, pegaba un ronquido y yo tenía que moverlo para que cambiara de postura. Parecía un hipopótamo cuando se lo proponía.

Ahora que yo estaba delante de mi reflejo, me daba cuenta de la razón por la que no podía dormir. Simplemente estaba feliz. Estaba feliz de estar allí y todavía me quedaba mucho por vivir. Era feliz porque Jose estaba conmigo, Jose, que había estado al borde de la muerte. Tenía mucho que agradecerle a la vida y las palpitaciones que yo ahora sentía se debían a esa felicidad que no podía contener.

Me puse la bata y me puse a ver la tele. No le subí el volumen. Tampoco me enteraba de nada. Solo hablaban en inglés. Jose se despertó de repente.

—¿Qué te pasa, Natalia? ¿Por qué no duermes?

—No lo sé exactamente, Jose. No lo sé, pero estoy nerviosa — dije yo esbozando una sonrisa.

—Pero, ¿tienes fiebre? ¿Te duele la tripa? — preguntó él un tanto nervioso.

—No, no, no me pasa nada de eso. Solamente que soy feliz, Jose. Muy feliz — dije yo espontáneamente.

Una sonrisa iluminó su cara, vino hacia mí y me abrazó fuertemente.

Estuvimos despiertos hasta que amaneció y las calles se llenaron de vida y de tráfico, de ese insufrible tráfico que ocupa todo el horizonte cuando te asomabas por la ventana. Yo quería salir ya a la calle. Jose se había dormido de nuevo. Yo me quedé mirándolo un rato, sentada en la cama, mientras la vida hervía en las calles. Aquella habitación me recordó, sin saber muy bien por qué, a aquella otra, mucho tiempo atrás, cuando Jose y yo estuvimos encerrados todo un fin de semana jugando a las cartas, bebiendo vodka y escuchando a Eros Ramazzotti. Echaba de menos aquellos momentos, pero lo que yo estaba viviendo ahora era increíble. ¿Quién me iba a decir a mí hace unos años que yo iba a acabar en Bangkok con el hombre de mis sueños? Era una adolescente, una joven inmadura. Ahora, delante del espejo, me daba cuenta que la vida, pese a los palos que me había llevado, tampoco me había tratado tan mal. No podía quejarme.

Dejé que Jose durmiera un poco. Luego, lo desperté y nos duchamos juntos. Después de desayunar, yo volví a irme de tiendas. Jose solo sabía quejarse, pero enseguida se relajó cuando entramos a un establecimiento donde daban masajes thais. Yo no paraba de reírme al ver aquella cara de felicidad que ponía. Parecía un niño. A mí también me estaba gustando aquel mensaje, aunque es cierto que a veces te hacían daño cuando empleaban los codos para relajar los músculos. Después de salir de allí, fuimos a un restaurante típico tailandés que nos habían recomendado en la recepción del hotel. Estaba todo muy rico y yo entonces noté que estaba cansada. Al día siguiente, teníamos que tomar un avión. Porque nuestro siguiente destino iba a ser la isla de Koh Phi Phi y aquella experiencia iba a cambiar mi vida.

Y así fue. Por la mañana, cogimos un avión desde Bangkok hasta Phuket y, desde allí, en un ferry llegamos a lo que todavía para mí sigue siendo un paraíso en la tierra.

—¿Cómo será Koh Phi Phi, Jose? —pregunté yo.

—No sé, Natalia. Con que se parezca solo un poquito a lo que sale en la película de Leonardo DiCaprio, La playa, debe ser alucinante.

—Estoy nerviosa. Estoy deseando llegar — dije yo con lágrimas en los ojos.

—Pero no te emociones así, Natalia. Sonreí de ver cuando salía mi alma romántica.

Según avanzaba aquel ferry, podría comprar probar que las olas no existían, que todo estaba en calma y unas aguas azules nos rodeaban por completo. Yo sabía que estaba adentrándome en un lugar maravilloso. La playa ya se veía a lo lejos. El conductor del ferry giró la cabeza y nos hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos a la proa.

Delante de nosotros, estaba una playa inmensa, llena de pequeñas cabañas que salpicaban la arena. Comprobé entonces que las aguas dejaban de ser azules para volverse completamente transparentes. Yo no podía imaginar que existía un mar así y un lugar como aquel. Canarias nos había gustado mucho porque había sido nuestro primer viaje, pero ahora Tailandia se convertía verdaderamente en un sueño. Jose y yo estábamos dentro de un sueño.

—¿Te has dado cuenta, Jose? ¿El agua parece invisible? Es como un cristal —dije yo dando saltos.

—Natalia, no saltes más, que nos vamos a ir al agua, que el barco ha empezado a moverse y me estoy asustando.

—¡Qué idiota eres! ¿Me estás llamando gorda? Con este tipazo que tengo. Verás los bañadores que me voy a poner — añadí yo llena de alegría, como una quinceañera que sale por primera vez de casa a dormir en casa de una amiga.

—Yo no te he llamado gorda. Solo te he dicho que no te pongas a dar saltos, que no tengo ganas de pagar el barco si se hunde.

Yo creo que, detrás de todas aquellas bromas que continuamente salían por la boca de Jose, lo que había era la emoción. Él intentaba ocultar la emoción. Pero yo notaba que temblaba como yo. Estaba muy contento, súper contento de haber llegado hasta allí. Aquel paisaje era increíble y sus ojos se llenaron de luz. A mí no me podía engañar. Yo intentaba seguirle el juego, pero en el fondo sabía que todo aquello no era más que una pantomima para que no me diera cuenta de que él estaba a punto de llorar.

—No me engañas, Jose. ¿Por qué no lloras?

—¿Por qué voy a llorar? —respondió él haciéndose el chulo.

—Porque estás tan emocionado como lo estoy yo. No me engañas, Jose. Ya te lo he dicho — dije yo con un tono dulce.

—Eres mi dulce locura — dijo mientras tocaba mi nariz.

—¿Por qué dices eso? — pregunté yo mientras el barco se detenía en un discreto embarcadero.

—Porque si no hubiese sido por ti, yo no estaría hoy aquí. Tú eres la que mueve mi vida, Natalia.

—Ahora te tenía que reprochar yo que no me dijeras esas cosas — dije riéndome.

El barco nos dejó en tierra. Jose me ayudó con el equipaje. Allí nos estaba esperando una cabaña que habíamos alquilado para pasar unos días en aquel paraíso. Parecía que íbamos a quedarnos allí toda la vida por los maletones que llevaba. Ojalá hubiese sido así porque aquel sitio lo merecía.

Llegamos a nuestra cabaña que era muy coqueta. Teníamos lo imprescindible. Enseguida nos fuimos al agua. No estábamos solos en aquel sitio, pero teníamos

el espacio suficiente para tener la sensación de que lo estábamos.

El agua estaba templada y era tan transparente que podía ver mis pies con completa claridad. El paisaje de acantilados y de reflejos verdes y azulados a lo lejos te hipnotizaba. Yo estaba alucinando de verdad. Jose estaba quieto dentro del agua mirando al horizonte.

Estábamos en el lugar ideal. En aquel beso que nos dimos dentro del agua pude recordar los momentos que Jose y yo habíamos pasado en la playa. Nos gustaba la playa y me gustaba que él me mirara sobre la arena. Algo así volvía a repetirse en aquel lugar maravilloso e inolvidable.

Había bares por la zona y los tres días que estuvimos allí decidimos comer en la arena, aunque también íbamos a esas zonas de ocio y recreo donde ponían música y podías bailar. Paseábamos por la noche. El agua mojaba nuestros pies. Yo jugaba con Jose. A veces, como si fuésemos dos niños salíamos corriendo uno detrás del otro, como si estuviésemos jugando a pillar.

Me volvía a pasar lo mismo que en Bangkok. No podía dormir por las noches. Salía de la cabaña con mi pareo y me dedicaba a mirar hacia aquel mar que parecía respirar conmigo; un espejo donde la noche se miraba, donde las estrellas del cielo se multiplicaban al reflejarse sobre las aguas. Era todo increíble.

Jose salía de la cabaña cuando él notaba mi ausencia, y me abrazaba por detrás. Era mi Leonardo Di Caprio.

Se hizo un silencio y, de repente, comencé a reír.

—¿Qué te pasa, Natalia? ¿A qué vienen esas risas?

—Que estoy notando tu erección. Me has abrazado por detrás y te has puesto contento — dije yo riendo.

—Pues ya sabes lo que toca — comentó él invitándome a que nos bañáramos.

Nos metimos en el agua y yo me desnudé.

—Soy una sirena — le dije mientras me acercaba hacia él.

Mi bañador flotaba en el agua. Mi pareo estaba en la orilla.

—Estás loca. Se va a hundir el bañador y lo vas a perder — me advirtió Jose.

—Me da igual. Tengo una maleta llena y me compré un puñado más en Bangkok — dije yo con ironía.

—Eres un terremoto. Eres lo más — no paraba de repetir, pues se estaba poniendo muy nervioso al sentirme tan cerca y al saber que estaba completamente desnuda.

Primero lo miré a los ojos. La oscuridad de aquel sitio era clara, aunque parezca una contradicción. Él me besó suavemente y yo sentí un escalofrío. Nuestros cuerpos se abrazaron. Y entonces noté que él quería que yo me colocara encima. Y eso fue lo que hice. Pude notar como su miembro entraba en mí. Sentía que la felicidad se había convertido en pasión, en fuego, en un ardor que me subía del vientre a mi pecho. No podía respirar de la emoción. Nos sumergimos en el agua, en aquellas aguas cristalinas. Ahora éramos dos seres especiales y nada ni nadie nos podían molestar. Éramos dos seres únicos en aquel universo espléndido.

Seguimos haciendo el amor, despacio, muy despacio. Se estaba mostrando el Jose más sensible. Yo gemí y grité. Y mi voz se perdía en aquella oscuridad llena de estrellas. Cuando tuvimos el orgasmo, permanecemos juntos, sin separarnos. Queríamos sentir nuestros cuerpos.

De repente, miramos al cielo y pasó una estrella fugaz.

—¿La has visto? — preguntó el con un tono alegre.

—Claro que la he visto, pero no me ha dado tiempo a pedir un deseo — dije yo con inocencia.

—Yo sí que lo he pedido, Natalia.

—Dime qué has pedido.

—No puedo hacer eso, cariño. Porque, si lo hago, a lo mejor no se cumple, ¿sabes?

—Jose, te has vuelto muy romántico, de repente.

—Ni de coña soy romántico...

Y comenzamos a reírnos. Las aguas eran testigo de nuestro amor. Al día siguiente, fuimos a hacer submarinismo y el mundo que había debajo del agua era más que alucinante. No podía creerme que existieran peces de tantas clases en el mar. Yo, que estaba acostumbrada, al mismo pescadito frito de Cádiz de toda la vida.

Así pasamos los días en aquella playa. Como si no existiese el tiempo. Llegó un momento en que me olvidé de todo. No sabía ni cuál era mi país ni cuándo tenía que regresar. Creo que Jose tenía la misma impresión. Nos mirábamos en silencio mientras las horas y los días pasaban. Nos mirábamos en silencio dentro del agua, esperando a que aquel deseo, que Jose había pedido a una estrella, se cumpliera.



Llegó diciembre, cada vez teníamos más nervios por recibir noticias de la administración de menores, por fin un día, la recibimos.

Nos dieron cita y nos contaron todo el tema del menor, nos enseñaron unas fotos y nos quedamos a cuadro, era precioso, tenía 6 años, una mirada que enamoraba, ese iba a ser mi pequeño gran amor.

Nos avisaron que el acoplamiento sería a finales de enero, así que salimos de allí alucinando por poner cara a la persona que en breve compartiría con nosotros su vida.

Pasamos las navidades de los nervios, yo no dejaba de comprar cosa para nuestro pequeño, nos tirábamos horas hablando de él y le mandamos a través de la organización un álbum digital que le habíamos hecho con fotos nuestras y a modo cuento, diciendo lo ilusionados que estábamos con su llegada y las ganas que teníamos de abrazarlo, se lo iban a entregar el día de reyes.

Por fin llegó el día y nos trasladamos a la ciudad en la que todo se haría, tendríamos que estar allí una semana, durante el día estaría con nosotros y así poco a poco hasta traérmolo.

Llegamos donde nos citaron, ya habíamos dejado las cosas en el hotel, estábamos

de los nervios, ni hablábamos, nos metieron en un cuarto y dijeron que en unos minutos lo traía, esos pocos minutos se nos hicieron eternos, hasta que por fin la puerta se abrió...

—Mamaaaaa, papaaaaa ¡Por fin venís! — dijo ese precioso niño corriendo a abrazarnos con el álbum en las manos que le habíamos mandado para reyes.

No me podía creer como nos estaba recibiendo, las lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas, Jose estaba igual, el pequeño no nos soltaba, es algo que jamás podré describir con palabras, ahora que lo cuento, sigo emocionándome con ello.

—Eres precioso — dije mirando su preciosa sonrisa.

—Vamos al parque — comenzó a jalar de nuestras manos.

La psicóloga nos sonrió, ese día solo estaríamos una hora con él, al día siguiente ya pasaría todo el día con nosotros.

La chica nos miró y dijo que lo bajáramos al parque que en un rato ella se incorporaría, tenía una preciosa sonrisa al comprobar que el encuentro había sido tan bonito.

Daniel solo quería llamar nuestra atención, se subía a todos los toboganes, nos llamaba mil veces, siempre como mamá y papá, eso no nos lo esperábamos desde el primer momento, pensé que sería con el tiempo.

Jose no paraba de comprarle en un Kiosco todo lo que el pequeño pedía, en el fondo ¿Quién le iba a negar algo en esos momentos?

La hora pasó rápida, cuando la psicóloga vino a llevarse a Daniel hasta el día siguiente, nos hizo jurar el niño mil veces, que estaríamos esperándolo, yo lo intenté tranquilizar y decir que por nada del mundo me perdería estar ahí al día siguiente y siempre.

Jose y yo nos fuimos a cenar, estábamos en shock, casi no podíamos hablar, ni comer, todo sea dicho, ya lo echábamos de menos, solo hacía media hora que se había ido, pero ya era parte de nosotros.

Esa noche en el hotel no podía pegar ojo, no paraba de fumar, estaba muy nerviosa, lo quería a mi lado, lo quería junto a nosotros, ya era lo más importante de nuestras vidas.

Los siguientes días fueron terroríficos, pasaba el día con nosotros paseando, comiendo, jugando, por las noches al separarse era un numerito, lo llevaba fatal y nos dejaba hechos polvo, llegábamos al hotel en shock todos los días.

El viernes nos dijeron que adelantaban todo, que ya nos lo podíamos llevar, 3 días antes, casi nos da algo, comenzamos a llorar como niños chicos, entendieron que el pequeño no necesitaba más acoplamiento, que era evidente que estaba feliz a nuestro lado, así que recogimos las cosas del hotel, junto a las suyas las metimos en el coche y volvimos hacia Cádiz donde comenzaríamos los tres una nueva vida.

Cuando llego a casa y vio a las dos perritas, su habitación, todo lo que le habíamos preparado y lo que sería su nuevo hogar, no había Dios que lo parase, daba vueltas, miraba todo, reía, nos abrazaba, era un sinfín de sentimientos que jamás podré borrar de mis retinas.

Así que ese primer día, entro en nuestra casa dejando constancia de que, a partir de ese momento, sería el motor de nuestras vidas.



¿Qué pasó? Ni yo sabría explicarlo, él llegó y cambió nuestras vidas...

Lo metimos en el colegio, si tengo que resaltar algo es que ahí empezó la guerra, todo lo que tenía de bueno y conformista, lo tenía de malo para estudiar, no porque fuese torpe, sino todo lo contrario, flojo y muy poco interés por los libros.

Comenzamos a obligarlo a leer, nos poníamos con él a explicarle todo y ayudarle, en el fondo, todo empezó a rondar por y para él.

¿Éramos felices? Sin duda, el pequeño ese se había convertido en el centro de nuestras vidas, aunque es verdad que Jose, en ningún momento se olvidó de seguir con sus atenciones y amor hacía mí.

Lo llevamos a Marruecos, para enseñarle ese país que tanto visitábamos y que tanto amábamos, a nuestro pequeño le encantó, parecía que nada fuera distinto para él, se sintió allí bien desde el primer momento, jugaba con los niños al fútbol y al escondite, nosotros lo observábamos tomando un té, estábamos encantado con nuestro niño, con nuestro pequeño gran amor, así que pasamos las primeras vacaciones felices, sabiendo que todo iba viento en popa.

Llegaron las primeras navidades, lo llevamos a Galicia, pasamos aquí con la

familia la navidad y luego nos fuimos para pasar fin de año y volver antes de reyes.

Los primeros reyes fueron espectaculares, solo ver su cara era emocionante, le preparé el salón lleno de regalos, globos y chuches, se me había ido la olla, pero eso era lo que me apetecía, ver su cara de felicidad.

Era feliz, nos hacía feliz, Jose estaba encantado con su pequeño, yo estaba loca de amor por ellos, debo decir que se convirtió en mi fiel acompañante, yo me encargaba de llevarlo al cole, recogerlo, comer con él, solo trabajaba por las mañanas en el horario que él, tenía de colegio, podía permitírmelo y eso hice.

Se me caía la baba, la verdad, que la severa era yo, Jose le dejaba pasar más cosas, como en todos los matrimonios, unos somos los polis malos y otros los buenos, pues eso en nosotros también existía, el pequeño hacía con Jose lo que quería, aunque con su madre también, a mí me tenía loca y cuando me ponía esos ojitos pidiéndome algo, no me podía negar.

Era la mujer más feliz del mundo, sin duda, si tuviera que pasar de nuevo por todo para llegar hasta aquí, lo volvería a hacer.

Mis dos amores, mi vida, mi felicidad, sin dudas, hoy en día, las personas más importantes de mi vida.

En la actualidad, mi pequeño gran amor tiene para 11 años, todo pasa muy rápido, todo por lo que se lucha merece la pena, hoy soy completamente feliz, aunque la vida... me tenía preparada otra gran sorpresa, esa que contaré en la siguiente página, en el epílogo de mi gran historia de amor, esa que puede gustar más o menos, pero pertenece a mi vida, una vida que no cambiaría por nada de este mundo y en las que a veces pienso, que gracias a las chiquilladas que tanto dolieron cuando era una jovencísima mujer que se enamoraba de Jose, merecieron la pena para reconfortar esta preciosa historia que marcaría el rumbo de nuestras vidas.

Epílogo

Enero 2016.

—¿Queda mucho? —preguntó mi pequeño gran amor.

—Acabamos de salir, claro que queda —refunfuñó Jose.

—Me voy a aburrir —resopló nuestro niño.

—Y a mí me vais a desquiciar, así que más vale que mantengáis la boca cerrada —dije seria, conociendo a esos dos y cómo me sacaban rápido de mis casillas.

—Mamá, pero me aburro.

—No sé, ponte a cantar o algo —me encogí de hombros.

No lo había terminado de decir cuando el pequeño demonio ya se estaba moviendo para coger mi bolso y rebuscar en él.

Habíamos pasado las vacaciones de Navidad en Cantabria, todos los años celebrábamos esas fiestas juntos, viajando por diferentes lugares. A nuestro pequeño le encantaba, pero era bastante nervioso y no paraba quieto. Al final, cuando volvíamos, todos estábamos de los nervios y con ganas de volver a la rutina. Como cualquier familia normal.

—¿Qué buscas? —pregunté cuando miré para atrás y vi que me había sacado todo del bolso.

—Esto —dijo mi pequeño con una gran sonrisa en la cara. Me entregó el CD que su padre me había regalado en esos días y me guiñó un ojo—. Vamos a

cantar.

Me lo comía, era tan desquiciante como adorable. Cogí el CD, lo saqué de la caja y lo puse en el lector.

La música empezó a sonar y yo le di más volumen, ignorando las quejas de Jose, a quien no le gustaba conducir con la música alta.

—Eres un gruñón —le dije la tercera vez que le di un manotazo impidiendo que bajara el volumen.

—No se puede conducir así, Natalia.

—¿Por qué no? Es simple, echa cuenta en la carretera e ignóranos.

—Papá, eres desquiciante —resopló nuestro pequeño, imitándonos y haciéndonos reír a los dos.

—Te lo recordaré cuando me pidas que juguemos a la consola —dijo Jose entre risas.

—Ya no te necesito. Total, para las palizas que te meto... Siempre gano —rio.

Y tenía razón, siempre ganaba. Al principio pensé que Jose lo dejaba, pero creo que al final, el alumno superó al maestro.

Con la vista puesta en el cristal, cerré los ojos y me centré en la música.

Comencé a cantar en voz baja cuando Eros Ramazzotti sonó por los alta voces.

Tú quieres libertad.

Lo sabes, no soy yo
Que te retiene ya.
Y el sentimiento va.
Son puertas que cerrar.
Tú, cuánto amor que das.
Y nada pides ya.
Instantes por vivir
De luz y lealtad.
Delante de mi estás.

Sonreí cuando mi pequeño empezó a cantar a todo pulmón, a la vez que yo.

¿Quién eres tú?
Es tan difícil describirte.
Un ángel como el sol tú eres.
Que ha caído aquí.
La verdad en ti.
Que con el alma haces el amor.
¿Quién eres tú?
El cielo te ha dejado irte.
Un ángel como el sol tú eres.
La naturalidad se manifiesta en ti.
Y en todo lo que acaricias tú.
Y ahora quiéreme.
No tienes que hacer nada sin querer.
No puede el corazón, encerrado está.
Y menos tú y yo.

—Tú y yo... —susurré y suspiré.

—¿Estás bien? —preguntó Jose, mirándome de reojo.

—Sí —le sonreí—. ¿Sabes, amor? A veces me pregunto qué viste en mí.

Jose no me respondió, soltó una mano del volante y me dio un apretón en la rodilla.

—¿Qué quieres de mí, Jose? —pregunté pícaramente.

—Solo a ti —me guiñó un ojo.

—Algún día tengo que escribir nuestra historia —dije con añoranza en la voz.

—¿La nuestra?

—Sí, ¿no te gustaría?

—Por supuesto —sonrió.

—Pero antes tengo otra historia que contar —dije cuando, de repente, la idea se formó en mi cabeza. ¡Qué quieres de mí! Así se llamará —dije emocionada de repente.

—Me encantaría ver tu nombre en un libro, Natalia —había orgullo en su voz.

—No, no verás mi nombre. Pero acostúmbrate al nuevo amor. Norah Carter tiene mucho que contar...

AGRADECIMIENTOS.

A mi marido, por ser ese hombre que hace que siempre me sienta protegida, te amo con toda mi alma.

A mi pequeño gran amor, por todos esos abrazos que me regalas cada mañana cuando papá se va y tú te metes en mi cama, por demostrarnos que no íbamos a cambiar tu vida, sino que tú cambiarías las nuestras, te quiero por encima de todas las cosas.

A Monika Hoff, por estar siempre para todo, por formar parte de esta historia, ya que te considero de mi familia, gracias por trabajar codo a codo conmigo, aprendo y disfruto mucho de ti.

A Patrick Norton, porque ya no podríamos escribir sin ti, gracias por tu dedicación, cariño y sobre todo por cuidarnos tanto.

A todos nuestros lectores, por estar siempre apoyándonos en cada locura, en esa que dejamos a través de nuestras letras. ¡Os adoramos!

A todas esas personas que estáis ahí, que siempre han estado o empiezan a estar, todos formáis un pilar muy fuerte en nuestras vidas.

¡Gracias!

Norah Carter